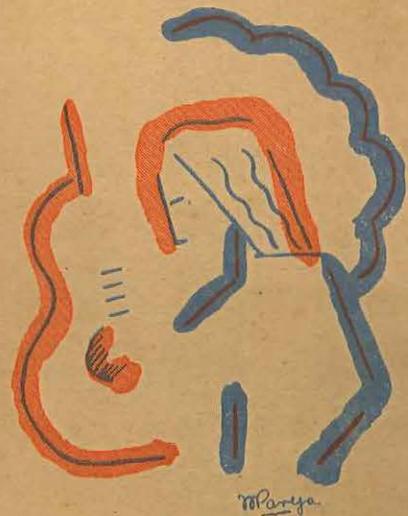


MONTIEL BALLESTEROS

NUEVAS
FA'BULAS



PRECIO DEL EJEMPLAR \$ 1.00

MONTEVIDEO

-

MCMXXXII

A Arturo Rodríguez Lorrilla,
homenaje a sus altos dotes intelec-
tuales, su amigo

Montiel

NUEVAS FABULAS

DEL MISMO AUTOR

CUENTOS: *"Cuentos Uruguayos"*. (Agotada).

"Alma Nuestra". (Agotada).

"Los rostros pálidos".

"Luz mala".

"Montevideo y su cerro".

NOVELAS: *"La Raza"*. (Agotada).

"Castigo 'e Dios".

FABULAS: *"Fábulas"*. 2.^a edición.

"Nuevas Fábulas".

PARA LOS
NIÑOS

"El viaje de Pibe alrededor del mundo".

EL GAUCHO Y EL PINGO

Dios trabajaba a la sombra de los árboles.

El arroyito que pasaba a sus pies humedecía la arcilla dúctil con la cual sus dedos divinos plasaban los animales, las aves, los peces que deslizaba en la corriente cristalina.

A veces empujaba hacia el manchón de oro del sol una figurita para que se secase y a muchas aun no sabía si agregarle alas, unirles los dedos con una membrana para hacerlos aptos al nado o alargarles las piernas para prestarles mayor agilidad.

Se confundían bichos y pájaros, y los hombres de todas las razas eran rígidos muñequitos que se cocían impasibles al sol, boca abajo o con la inexpresiva cara sin alma al cielo.

Tatúes y lechuzas, tigres y corderos, zorzales y gatos, alternaban con negros, rubios, indios...

A veces un zorro, un jilguero, un toro, estaba

pronto y Tata Viejo, para no atiborrar la sala de trabajo, le ponía un poco de alma y ellos se iban por el mundo corriendo, mugiendo, cantando!

Una de las figuras de barro, un gaucho, dormía aun el sueño del no ser, junto a un caballo.

Dios no había resuelto el medio de movilidad que le daría.

Animó al pingo, — esto es, le dió “ánima”, — puso en pie al hombre duro, que se caía, y con un corte sabio le separó las piernas, enhorquetándolo sobre el caballo.

*
* *

Por eso el paisano está bien sólo sobre su pingo.

A pie, camina mal.

Por lo general, sus piernas han quedado “cambuecas”, hasta justificar el dicho criollo que entre ellas pueden pasar dos perros peleando.

*
* *

La horqueta de las piernas de los gauchos se hizo para ajustarse, precisa, sobre el lomo del bruto amigo, repitiendo el estupendo mito de los centauros!

EL ZORZAL

El payador, perseguido por su audacia de enamorarse de la hija del hombre más rico del pago, hubo de hacerse matrero, y en el monte, con su vieja vihuela, cantaba sus dolores y sus sueños románticos.

Los pájaros eran sus amigos y era amado por los árboles, por los yuyos y los bichos silvestres.

Salía solamente de noche, para traducir su amor en sentidas serenatas a la amada.

Sus enemigos lo supieron y la emboscada no tardó en prepararle su traición: una bala rápida y cobarde, lo hirió de muerte.

Con su caballo inteligente, que comprendía el peligro, volvió al seno del bosque y allí murió, como en el regazo de una madre.

*
* *

Su guitarra había quedado suspendida en un árbol y la brisa jugueteaba con sus cuerdas, arrancándole cantos, suspiros y gemidos.

Los pájaros indios venían a aprender de la nueva arpa eolia insabidos ritmos para sus trinos y un casal de ellos eligió el seno sonoro de la guitarra para nido.

Los pichones fueron arrullados por las más finas armonías, por las melodías más delicadas, por las más exquisitas músicas.

Y cuando los pájaros fueron grandes y pudieron volar y cantar, expandieron por el terruño el alma del payador que había quedado dormida en la vihuela.

*
* *

Heredero del don divino, el zorzal, — que tiene el color de la guitarra vieja, del nido donde naciera, — es el payador con plumas, el cantor de nuestra alma gaucha.

LAS FLORES DEL CEIBO

Enterándose de los homenajes que árboles y animales rendían al hombre, — rey de la creación, — el ceibo, que al nacer no fué favorecido sino con sus verdes y oscuras hojas lustrosas, se reprochaba:

— Mi floja madera sólo se presta para rústicos bancos de cocina, para esponjosas boyas con las cuales aprenden a nadar los niños... ¿Qué otra cosa podría ofrecerle?

Y se marchitaba en cavilaciones.

Pero constatando que el hombre, al analizar su vida, hallándola a veces vacía y sin rumbo, también se ensimismaba, resolvió, pesaroso:

— ¡Será ese nuestro triste destino!

Mas no se conformaba y ganado por la desesperación, lloró como su señor.

*
* *

La brisa gélida cristalizó las gruesas lágrimas, prueba de la desolada impotencia del ceibo.

Y cuando el hombre, a la aurora, vino al bosque, el árbol habló:

— Soy tu hermano en el sufrimiento. ¡Sé lo que es el dolor!

Los primeros rayos del sol encendían en rojo las lágrimas del ceibo, que se dijeran flores.

El hombre, contemplándolo, sorprendido de admiración, se conmovía agradecido:

— Puedes poco, eres un árbol que considerá- bamos inútil, y has sido capaz de producir belleza, dándonos una honda y sutil lección. ¡Cantas con tus flores! Tu alegría hace bien a mi alma, que te imitará.

Yo también floreceré mi dolor en belleza!

*
* *

Comprendió el ceibo que el hombre amaba aquella su gracia nacida del dolor y, para conser- varla, cuando el sol no la coloreó como a un rubí maravilloso, puso una gota de la sangre de su corazón en cada una de sus lágrimas.

EL ÑANGAPIRE

El niño indio, que se había criado solitario en su cunita rústica, tejida de cañas tacuaras atadas con una guasca cruda de cuero de guazuvirá...

El niño indio, que se había criado sin más di- versión que los cantos de los pájaros, sin más juego que el de los ñandúes que gambeteaban por el cam- po o el de las nubes que huían o se metamorfosea- ban en el cielo...

El niño indio que apenas si se calentaba con la sonrisa de la madre laboriosa o con la casi indife- rente mirada de su rudo padre guerrero...

El niño indio a quien a veces lastimaba el sol cuando se metía entre el ramaje del ñangapiré, donde su cuna estaba suspendida, había contem- plado más de una vez el suave nacer de la luna...

No se entristecía entonces sintiendo el crepus- cular canto del chingolo ni temía a los pumas y los

jaguetés, que rugían mientras ronciaban en el pajonal cercano.

Viendo en el horizonte asomarse el disco encendido, alargaba y alargaba sus manitas de dedos cortos, como si algún día lo pudiese atrapar.

La luna lo adivinaba y nacía cerquita de la cuna y de la planta desde donde el pequeño indígena acariciaba su sueño.

*

* *

Lo malo era que la luna debía pasar noches y noches en sus viajes lejanos, sin poder visitarlo y para que el indiecito poeta no la echase de menos empezó a quedarse a dormir entre las ramas del ñangapiré y allí hizo su nido.

Y, cuando la reclamaron sus funciones de iluminar el mundo nocturno, se desangró en la luz de pequeñas lunitas que dejó colgadas de los gajos de la planta autóctona.

Por eso las frutas del ñangapiré, rojas y dulces, las pitangas, son como diminutas lunas llenas.

LAS ESPUELAS

El brioso potro alazán dorado y su compañera, la potranca tordilla negra, tenían la misión de galopar a sus horas, trayendo alternativamente a la Tierra, ya la luz, ya la sombra.

Pero sea que los prados llamasen a los retozos, que los caminos alegres distrajeran o que los ríos frescos invitasen a baños placenteros, ellos se retardaban y demoraban produciendo confusiones y desórdenes.

El chingolito se sorprendía de no poder cantar con el crepúsculo vespertino; los murciélagos se descolgaban inútilmente de sus uñas nocturnas; los gallos clarineaban albas nonatas y las faenas del mundo se sucedían desarmónicas.

Entonces Dios ordenó a Vulcano que le forjase dos estrellas de plata para acicatear los caballos olvidadizos, lerdos o entretenidos.

Y el Día, el bello potro alazán de las crines de oro, y la yegua negra, de crenchas y cola con reflejos argentinos, la Noche, sintieron en los ijares los dientes de plata de las estrellas, que se enrojecían con su sangre y no retardaron más su carrera precisa, veloz y serena.

No se necesitaron más los pinchos de plata, pero para recuerdo — como una admonición — al alba y a la tardecita Dios manda a las dos estrellas, que son los luceros, que se asomen vigilantes en el cielo.

*
* *

Y el criollo, que es rudo y disciplinado, para tener despierto a su pingo, ha hecho copiar los luceros y se los ha ajustado a sus botas, siguiendo el ejemplo divino.

*
* *

Por eso las rodajas de las espuelas tienen forma de estrellas y relucen como astros en las botas de los gauchos.

LOS BICHITOS DE LUZ

Sobre los cerros abruptos, lo más cerca del azul, nuestros padres aborígenes — con cuatro piedras sin labrar — construían su túmulo rústico.

Allí sus muertos dormían el último sueño.

A su lado, como en la esperanza de una resurrección, enterraban las armas. El arco, madre de la flecha ígnea, que volaba con la muerte en el pico duro y un temblor de plumas en la cola; la bola arrojadiza y la lanza de madera o de sílex...

Más tarde agregaron las boleadoras...

Y cuando vinieron los hombres blancos, la joya ingenua de las cuentas y hasta el caballo de combate.

Creían quizá que el indio despertaría para continuar su guerra santa.

*
* *

Y de noche, entre la sombra trágica de los

*
* *

Como algunos salvajes devoran el corazón de los enemigos valientes para acentuar su coraje, el gaucho, para proteger sus pies descalzos y para que heredasen la resistencia y la agilidad de su pingo de confianza, le cortó los remos delanteros y vaciándolos, se confeccionó la ruda bota de potro, por cuyo extremo aparecieron sus dedos, que necesitaba llevar libres desde que aprendieron a estribar en el ojal de una guasca cruda.

EL BOYERO

El boyero industrial, tejedor ágil y prolijo, es el criollo que hacía trenzas de guascas sobadas, de finos tientos y componía artísticos arreos para adornar la caballería del gaucho.

Filigranas de cabezadas, riendas flexibles, arreadores, lazos y boleadoras, nacían de sus manos hábiles y eran orgullo de los hombres campesinos que estimaban más su obra paciente que los herrajes de metal relumbroso.

Después vinieron las máquinas a sustituir su tarea y vino la suela y el cuero coloreado, la estampa mecánica y ya, lazo, boleadoras y presillas, se transformaron en antiguallas de museo.

Entonces el trenzador, muriéndose de hambre, se fué a ver al Dios de la tierra y le explicó sus tribulaciones.

— Trabajar sé y voluntad de hacerlo no me falta, pero mi obra no es apreciada como antes.

— ¿Quieres que anulemos el progreso?

— No, señor... Los años no pasan de balde... El tiempo v'arrinconando las pilchas del gaucho como las lanzas de las patriadas y la carreta trabajadora...

— Y qué pretendes?

— Vivir tranquilo.

Y Dios resolvió:

— Te voy a volver pájaro.

Así fué: lo transformó en boyero, y el ave alegre y libre, pió, saltó, voló, hizo el amor con su compañera y cuando ésta, preocupada, le solicitó:

— ¿Dónde deposito los huevos? ¿Dónde va a vivir nuestra prole?

El futuro padre restó un momento pensativo; luego, mientras resolvía que no debía trabajar más, pues había hecho demasiado en la vida, descubrió una media de Dios puesta a secar.

La tomó, se ingenió para atarla en un árbol y tuvo su nido.

Pero no contaba con la huéspedada...

Dios tenía que salir a cortarle un poco el pico a los caranchos y pidió su ropa...

¡Faltaba una media!

*

* *

Como los pichoncitos del boyero estaban tan calentitos y bien instalados, que era una pena incomodarlos, sus padres hubieron de tejer a prisa una media para su señor y la hicieron tan perfecta que Dios aun no se ha dado cuenta de la sustitución.

EL LAZO

¿De dónde había de aprender el gaucho el uso de su lazo tan útil, que, a su brazo hercúleo le agrega veinte varas para cortar la huída de un toro bravo, para alcanzar un bagual desbocado o un potro salvaje?

Los bichitos más insignificantes nos pueden enseñar tantas instintivas maravillas hasta el punto que, como la propia vida, la naturaleza se nos vuelve una maestra de lecciones inagotables.

El paisano debía andar un poco desamparado en su ruda lucha del campo, cuando sintió la lección que el mejillón le daba a la araña.

Fué el caso que una imprevista crecida del Río de la Plata sorprendió a una arañita sobre una piedra de la costa.

Un sitio amenazador, quizá mortal, rodeó su refugio.

Un mejillón joven, que navegaba por las inmediaciones de la improvisada isla donde se guareció el arácnido, viendo a éste lloroso y compungido, lo animó:

— No se asuste, compañero, que todo en la vida tiene arreglo. Mire cómo yo me compongo para que el agua no me lleve a la deriva. Y le enseñaba un largo estambre blanco con el cual trataba de enredarse en la primera cosa sólida que encontrase, fuese esto una roca, una rama o hasta un pez.

— Yo lo necesito porque debo ponerme a construir mi casa; usted porque tiene que salvar su vida.

Usted que posee una fábrica de hilo y que sabe de resistencia de materiales quizá más que un ingeniero, constrúyase un puente.

La araña obedeciendo a tal sugestión, empezó a arrojar hilos de su tela, procurando se agarrasen a alguna piedra situada a mayor altura que la que ocupaba, para — por la improvisada pasarela — poder escapar del peligro.

*

* *

El gaucho testigo de la escena, no desperdició la enseñanza.

Cortó prolijamente una larga cinta de cuero y tuvo su lazo.

Luego lo fué perfeccionando. Aumentó la resistencia de su creación; le agregó la presilla por donde correría el trenzado de guascas... La dimensión del animal que intentaba apresar lo indujo a variar la circunferencia de la armada que iba a manear las cuatro patas del bruto o a aprisionar los filosos cuernos de los toros.

Y ya imaginó el incipiente corral de la ronda, donde los caballos forman disciplinados; los flo-reos de los piales, los "tiros de volcau"...

Y hasta volvió arma de guerra a su instrumento laborioso, pues — en los épicos entreveros — supo con él elegir un godo enemigo y de un envi-ón brutal arrancarlo de su cabalgadura.

EL TALA

La familia de los talas era la de los fuertes y rudos obreros, a su vez pujantes hombres de armas, capaces de defender sus tierras, sus libertades y sus derechos.

Como sus padres a los niños espartanos, los ancianos talas de la tribu sometían a los jóvenes a las arduas pruebas que les iban a proporcionar, con la fortaleza necesaria, su razón de existir.

Por eso los mandaban a vivir ascéticamente entre la áspera aridez de las piedras y sobre los cerros, a enfrentarse con los embates furibundos del desatado galope de los vientos.

Magro, liso, la cabellera hirsuta y escasa, el tala volvía de acero sus raíces de garfio, se erizaba de espigas y se erguía, como una cuerda tensa que, en el choque con el pampero, vibraba y silbaba magnífica.

En la soledad, en la sequedad del erial, en la lucha, se alimentaba de heroísmo y cuando una enredadera femenina y amorosa venía desde el monte a suavizar su adustez guerrera, él dejaba hacer...

Quizá con un poco de lástima porque la enredadera iba a morir mordida por el frío y el viento, le endulzaba la boca con sus frutos, que eran pequeños cual si tuviera escrúpulos de demostrar que la médula férrea pudiera ofrecer tal ternura.

*

* *

A sus pies los aborígenes llevaban sus muertos.

Las almas de los indios, propicias a alimentar la escueta rudeza de los autóctonos centinelas de los talas, debían sentirse felices entre la viril fortaleza de sus brazos.

EL ABATI

(El maíz)

El joven mago indio, que era el curandero y el poeta de la tribu, alucinado por un sueño de belleza, olvidábase de curar a los enfermos, de componer las canciones guerreras o de cantar los triunfos de la raza.

Soñaba con vírgenes esbeltas, de ojos verdes y de fino pelo de oro.

Realizaba viajes dilatados por extrañas comarcas, a través de mares y montañas, persiguiendo su ideal.

El quería ofrecer a sus gentes una belleza nueva y tentaba y tentaba en el reino celeste y en la fauna y la flora elementos que transformasen en realidad su quimera.

Pero sus hermanos no lo comprendían y exigían los cantos y las curas milagrosas.

No pudiendo conseguirlo, fueron a otra tribu a buscar un hechicero más poderoso que el propio, para destruir su locura.

El mago consultado les respondió:

— No hay poder humano ni divino que mate los sueños!... A menos que acabemos con él...

— Sea, aceptaron los emisarios: — De todas maneras no nos sirve de nada.

El hechicero hizo un conjuro:

— Que se vuelva tierra.

Y así sucedió.

Pero su sueño inmortal pronto retoñó en la larva aun confusa tras de la cual pugnaba por existir.

Esta ya tenía el cuerpo esbelto, una seda de cabellos dorados y en el estuche suave de sus frutos unos granos de oro que, fermentados, producían en los hombres una locura hermana del amor.

*

* *

Pero el milagro mayor fué que los indios, con la planta nueva, encontraron un alimento en los granos del abatí, que también les rindió un licor, — la chicha, — alegre compañero de sus fiestas.

Entonces rehabilitaron al soñador, quién, dejado con vida, quizá qué maravilloso regalo les hubiera hecho!

LA ENRAMADA

Así como riéndose de la humedad y hasta de la lluvia, el paisano cava en tierra con el facón para hacerse el fueguito de “matreros”, en el medio día de fuego cortó cuatro ramas, para preservarse del sol en la pradera.

Clavó un palo en tierra y aseguró el follaje.

No bien lo vio el viento burlón, resuelto a darle una broma, le sacudió el ramerío intentando desparramárselo y cuando las hojas se secaron, alborotó chispas y llamas del fogón para quemárselas.

El palo, previsor, resolvió:

— Crezco, alzo las ramas y el fuego no las alcanzará.

Pero la calandria, que llegaba, intervino exclamando:

— ¿Dónde vas? ¿No sabías que yo me propo-

nía instalar ahí mi casa? No voy a hacer el nido entre las nubes como las cotorras.

— Es que quiero dar sombra al hombre y defenderme del viento bandido.

— Ayúdame a mí también — suplicó el ave criolla — : Con tres hermanos tuyos, cual si hicieran la “sillita” de las manos trenzadas con que se lleva en los juegos a los niños, sostengan alto los follajes y ríanse del viento zonzo, quien cuando pase galopando por la llanura, apenas le hará cosquillas en la panza a nuestra construcción.

— ¿Nuestra?... Y tú con qué nos ayudarás?

— ¡Cantaré!

*

* *

Las cuatro columnas toscas de la enramada se ayudan como cuatro seres que unan los brazos solidarios para sostener la bandeja de oro de los mataojos y los laureles secos, que protegen el sueño, el churrasquear o la mateada de amargo del gaucho...

Y, para agregarle una belleza, un encanto de vida y de poesía, la enramada se curva — con ternura de cuna — abrigando un nido de calandrias.

EL CHAJA

Como era viejito, Tata Dios, en su viaje a la tierra, cabalgaba un petizo manso y en él cargaba sus dos árganas, en las cuales traía el bien y el mal, las cosas buenas y lindas y las feas y dañinas.

El diablo le venía siguiendo los pasos, molestando porque el noble anciano, bien cerrado el depósito nefasto, sólo repartía dones y gracias, flores y bichitos útiles, frutas y pájaros cantores, luces y sonrisas.

Satanás, para aliados de sus fechorías, necesitaba que junto a aquella generosidad, se diseminasen por el mundo los vicios, los instintos, las maldades.

Dios que iba a realizar sus funciones en una semana, trabajaba con ahinco todo el santo día y cuando el sol, obedeciendo a sus órdenes, se acosta-

ba, él también lo hacía, confiando sus haberes al cuidado de sus ayudantes.

Estos eran, tanto como haraganes, mal entretenidos, y, cuando no dormían despreocupados, andaban pispeando un rancho cercano para hacer un bailongo y divertirse con las chinas querendonas.

El maligno estudió el terreno y, mientras Tata Dios reposaba confiado y sus guardianes dormían a pierna suelta, asesinó a éstos y abriendo el árgana del mal, repartió en la tierra sombras, odios, tigres, zorros, arañas, víboras, espinas y venenos.

Las almas en pena de los asesinados se encarnaron en el cuerpo de los chajaes, que velan noche y día en continuo alerta, cuidando ahora una ilusoria puerta del mal, de par en par abierta para tribulación del prójimo.

LA GRAMILLA

Entre el concierto de los yuyos que vinieron a la tierra a ponerle una fresca y verde alfombra matizada de flores, se codearon pastos, hierbas y arbustos.

Unos traían una misión medicinal o una intención de servir al hombre por otros medios; quienes iban a ser alimento de las bestias, lecho mullido o graciosa decoración; los de más allá — quién sabe por que ocultos designios de la naturaleza — se erizaban de espinas, celaban un veneno letal, rezumaban ácidos alientos o perfumaban con una humildad de almas buenas.

El mercurio y la cepa caballo, la yerba de la garto y la lusera, el arazá y los macachines, la congorosa y la cola de zorro, la zarzaparrilla y el cedrón, ocuparon sus puestos de laboriosos proletarios, seguidos por la invasora cohorte de gente

mal entretenida: las flechillas, que lastimaban la boca de las ovejas; los abrojos, que invadían los sembradíos y se aglomeraban en las colas de las vacas y de los petizos mansos; los cardos, los míomío, las chilcas, las rosetas, los caraguataes...

Por último, entre la gente del pueblo, llegó la humilde y utilísima gramilla.

Ella es la virtud del trabajo silencioso y noble. Discreta, su presencia no incomoda jamás.

Cual si por modestia necesitase pasar desapercibida no se despega del suelo.

Como cuidando de los rigores del sol o del frío a la tierra, la madre común, para cubrirla despliega sus innumerables tallitos verdes.

No chismea cuando sopla el viento, no hiere a quien la busca como alimento, no deshoja la inutilidad de los "vilanos", los "panaderos" de los cardos, no esconde reptiles ni víboras, como las apretadas maciegas ásperas.

*

* *

Cierta vez los vegetales pobladores de las praderas, imitando los errores de los hombres, quisieron nombrarse un rey.

Por doquier aparecieron pretendientes al trono.

Quien mentó sus cualidades, la excelencia de su savia, su poder curativo, sus armas, la belleza de sus flores y hasta su veneno que, para alguien, puede en veces suponer atributo digno de la realeza.

Los candidatos se multiplicaron.

Se temió que la gramilla, despreocupada de tales minucias, fuera la mayor víctima, pues continuó con su indiferente perseverancia de sana y buena trabajadora.

Por suerte los yuyos — como les pasa muchísimas veces a los hombres — no se pudieron entender.

No hubo gobierno; no hubo política.

Por suerte...

Así la gramilla continúa su sana labor honrada, cumpliendo su misión.

*

* *

En tanto el cardo y la espina de carnero, el abrojo y el mío-mío, la chilca y el caraguatá, inflados y pedantes, porque hacen ruido con el viento o pueden alzar sobre la muchedumbre de pastos sus cabezas vacías, cultivan sus ambiciones, lo invaden

todo queriendo imponerse y nos salen al encuentro en los campos y los caminos... cual si intentaran pedirnos el voto...

EL JACARANDA

Sobre la esmeralda de los campos perlados de rocío, algunas mañanas encontramos olvidados unos chales de manzanilla color oro, unos sedosos mantones de rosadas flores de macachín, un pañolón de rojas margaritas sangrientas, y pensamos en los amores de las hadas.

Por allí ha pasado la Primavera.

Ella, que fué cantada por la guitarra gaucha, quiso ofrendarle amores al payador paisano y, cuando vino a la primera cita de amor, fué arrojando su galas por el campo.

Al entrar al monte, donde la aguardaba un lecho de hierbas perfumadas, una hamaca de lianas floridas, una sombra dulce, un cantar de pájaros y arroyuelos, vió al jacarandá triste con los finos brazos desnudos alzados al cielo, como en una súplica.

La Primavera, conmovida, llena de la espléndida generosidad de los felices en amor, le pidió al elegido:

—Desnúdame.

Y con su lindo, vaporoso traje lila, envolvió al jacarandá esbelto.

*

* *

Esa es la causa por la cual el árbol útil, fuerte y macho, ostenta esa maravilla de tules pomposos y aéreos, que tienen una delicada gracia femenina.

*

* *

Ves cómo los alza al cielo, cuidándolos, apreciando en todo su valor la magnitud de su tesoro?

*

* *

Por eso la Primavera se lo cede todos los años mientras goza sus amores y los pájaros, el arroyuelo, la brisa y las flores, nos cuentan que vive, que triunfa y que reina.

EL PERICON Y EL ARCO - IRIS

En la gran estancia del mundo el ser humano necesitaba poco esfuerzo para conseguir su sustento, pero dedicaba menos del necesario a la consecución de esos fines.

A menudo, perdiendo su precioso tiempo en bailes y reuniones, en saraos y en juegos, dejaba correr las horas fugaces, que le traían el hambre y las necesidades.

Las músicas, las diversiones, las payadas, las danzas, se sucedían.

Y el hombre, a quien no le sobraba espacio para las fatigas de la labor fecunda, había de estar continuamente exigiendo al patrón viejo alimentos y comodidades.

Ya se había sentenciado el ganarás el pan con el sudor de tu frente, pero parece que el gaucho se había hecho el sordo...

Y como gozaba la abundancia de la naturaleza, continuaba divirtiéndose sin pensar en el mañana.

Sucedíanse las fiestas.

Resonaban las guitarras armoniosas y sonoras poniendo un ritmo ágil o lánguido en el gato nervioso, en el zapateado movido, en el cielito ceremonioso, en las elegantes figuras de los pericones, mientras la voz varonil del bastonero ordenaba:

Formen cadena, formen cadena,
y marque los compases la nazarena.

Coronen con cuidado y sin flojera;
la mujer vay' adentro y el hombre ajuera

Con una media güelta formen espejo;
los indios reculando como el cangrejo.

Haciendo jarra, haciendo jarra,
no pierdan los compase de la guitarra.

Y se abría como una flor de cuatro pétalos la letra picaresca o amorosa de las cuartetos de las relaciones.

*

* *

Dios se presentó más de una vez malhumorado, como un comisario que viene a prohibir un baile.

Y los criollos y sus compañeras no escarmentaban.

Llegaron a aprender de los pequeños insectos el mimetismo para disimularse en el rancho, en el campo, en el bosque.

Dios lo supo y para descubrirlos, hizo teñir en luz persistente e indeleble las golillas chillonas de los hombres y los vivaces pañuelos de las mujeres.

Y así fué que, intentando sorprender una fiesta, luego de tronar sus iras y relampaguear sus amenazas, llegó en el preciso momento en que gauchos y chinas — con sus prendas coloreadas — formaban el pabellón del clásico baile.

Los bailarines se esfumaron, quedando en el aire, entremezclados maravillosamente, los vivos y brillantes colores de las golillas y los pañuelos.

Rojos, azules y gualdas masculinos; rosas, celestes y lilas de los tocados de las muchachas.

Descubriendo los hombres que no podían ocultar su falta, curvaron hacia arriba el pabellón, for-

mando en la altura un estupendo semicírculo de colores.

Su castigo consiste en que no han podido descolgar del alto cielo sus prendas, confundidas en la gracia y la poesía del bello arco-iris.

*

* *

A veces, para burlarse de la desobediencia del hombre, la límpida y fugaz gotita de rocío, le grita desde un tallo de hierba o desde un hilo del alambrado:

— Mira, las pilchas perdidas! ¡Han caído del cielo!

Y lo engaña con el prodigio de un diminuto arco-iris encendido en su seno.

LOS MEDANOS

Con su dulce apariencia y su gran calma, dorada a fuego por el sol, el medanal duerme un sopor al que refresca el aliento del gran mar azul, tembloroso de encaracoladas virutas de plata.

Sobre su muelle edredón el hombre construye la casa, planta los árboles, levanta los postes de su alambrado y, mientras va de uno a otro sitio, bajo su pie andariego, la arena cede, se dobla sumisa, cual si estuviera esclavizada.

Pero empieza su aliada la brisa a abanicar con su hálito ágil y los dorados granitos de arena corren en puntas de pie con un siseo de confianzas, en el cual invitan a sus hermanos:

— Siiiiiiiigan!... Siiiiiiiigan!... Siiiiiiiigan!...

Diminutos ejércitos dinámicos corren en líneas luminosas, y ya avanzan, en apretado sitio, hacia lo que les opone resistencia.

Rodean el poste, encarámanse al árbol, aúpanse contra las paredes de la casita, buscando los menores intersticios de las puertas, de las ventanas, para colarse sigilosos, sin descanso, diciendo mientras se llevan el dedito a los labios:

—Piiiissscht... piiiissscht... piiiissscht...

Si la brisa se transforma en viento, bailan alegres; van y vienen en remolinos, riendo más fuerte, cantando y silbando en locas zarabandas.

Si el hombre se ha dormido son capaces de subir a su lecho y deslizarse en la comisura de sus labios, en sus orejas, hasta en sus ojos!...

Y así se aprietan contra el árbol joven, estrangulan y cubren las plantas y borran el camino con una diligencia de obreros laboriosos.

Si no hay construcciones ni árboles ni obstáculos, juegan a hacer colinas de dorado ámbar y por sus toboganes suaves, se deslizan riendo los granitos de arena más pequeños.

El hombre intenta atarlos con los pastos de inúmeras patitas, con los pinos resistentes, con las acacias de dilatadas raíces.

Ellos no se preocupan.

Continúan su juego.

Se ríen del hombre que no posee más amiga buena que la lluvia, la cual obliga al reposo al arenal de azogue.

Por otra parte, el granito de arena, que a veces ha ido corriendo hasta el mar, ha demostrado que no le tiene miedo al agua.

¿Llueve?... Pues, espera.

Ya saldrá el sol, que lo secará bien.

Ya llegará la inquieta brisa con su abanico de plumas y lo invitará a la danza.

¿Y el hombre?

¿El hombre? ¿Pero no dispone de tanta tierra libre?!... No se conforma con apoderarse de nosotros para construir sus caminos, sus alojamientos, sus cárceles, sus tumbas, donde nos inmoviliza como en una condena?

Nosotros no pretendemos vengarnos de la esclavitud a que nos somete... Pero queremos ser libres! ¡Queremos ser libres!

Queremos ser libres, para jugar — como liliputienses niñitos rubios — bajo el cielo límpido, a orillas del mar azul!

¡Niños!, ¡niños! Eso somos y por eso los niños nos aman, nos acarician con sus piecitos de rosa y nosotros somos dóciles bajo sus manos arquitectas, sus baldecitos y sus palas, que nos transforman en torres, en castillos, en palacios bellos y fugaces, como sus propios sueños, como nuestros juegos, como nuestras colinas de oro!

¡Queremos ser libres, para jugar como liliputienses niñitos rubios — bajo el cielo límpido, a orillas del mar azul!

LA CALANDRIA

La calandria, alondra de nuestras campiñas, ansiosa de altura, vuela, disparada saeta armoniosa, en busca de la primera luz del alba.

Se va cantando en la alegría purísima de su himno ingenuo.

Va a loar el azul que se desnuda de la sombra, el oro límpido de la mañana, el deslumbra-
miento de la plena luz.

Se creería que no va a volver más, gozosa de la conquista de su reino de éter.

El bosque entero la llama con el pañuelo lírico de su canto múltiple y unánime.

Y suspira el campo humilde y la enramada que la acunara.

Pero la calandria posee un lastre de amor en el corazón tierno, ha de volver a la tierra por su nido, por su rincón solariego, para poner un ritmo de

verso celeste en la vida escueta y melancólica del paisano.

*

* *

La calandria es el poeta en la más pura acepción del vocablo.

Todas las mañanas intenta su evasión hacia la luz y el sueño y su regreso consciente — para ofrecernos el regalo de su música — no le impide que al día siguiente se vuelva a abandonar a su ascensión jubilosa y lírica.

LOS CARDOS

Entre pedregales ásperos, en la ubérrima tierra negra, junto a los callejones, donde haya más pleno y vivo sol meridiano, los cardos levantan sus espinosos tallos de un verde tierno, lucen sus caprichosas hojas de plata y triunfan con la fresca seda violeta de sus pompones.

Florece, y cuando se miran tan bellos, imaginan estar llamados a grandes futuros.

— Si la flor del naranjo, la del mirto y la azucena, si la hoja del laurel o la del olivo tienen sus destinos, ¿cuál se nos reservará a nosotros?

¿Serviremos de decoración en una gran fiesta? ¿Coronaremos a una virgen, a un joven Dios, a un poeta?

Y esperan...

Los finos hilos violetas se vuelven blancos — como que el tiempo no pasa en balde, hasta para

las flores — pero adquieren una nueva belleza los pesados pompones de plata ligeramente amarfilada.

¡Esperemos!

*

* *

Como cada flor es una muchedumbre de florecillas hechas de sutiles estambres impacientes, éstas, soñadoras pero frívolas, empiezan a protestar contra aquella pasividad.

— Vayamos hacia nuestro mañana.

— Probemos de correr!

— Tratemos de volar!

La brisa las invita a jugar a la rueda-rueda y el viento, lisonjero y caballeresco, les ofrece:

— Lindas señoritas, hay un sitio de preferencia para ustedes en mi ágil carro de cristal.

— Quizá hoy llegue lo esperado, dice el conjunto de la flor del cardo.

Las leves estrellitas locas no quieren oírla.

— Chist... chist...

Se escapan silenciosas... Corren sin rumor, en puntas de pie, por el camino... Huyen sofocando risas burlonas... ¡Vuelan!...

*

* *

¡Vuelan!

Sí, vuelan... Dan unas volteretas en el aire y terminan en el lodo...

LA PALMERA

Como el aterciopelado ciprés, que aguza su punta de pincel para dorarla en el último fuego del crepúsculo, como el álamo que atreve su huso nervioso hacia la nube pasajera o como la caña, que en un último esfuerzo dispara hacia el cénit la flecha de su plumero, la palmera alisó y sutilizó su tallo esbelto y fino, alargándolo hacia el azul, cual si quisiese huir de la tierra.

Es que acarició esa ambición.

Quizá porque es alta y atrevida, porque aventajó en estatura a todos los árboles del bosque, porque la rozó la leve gasa de la nube o el agitarse rítmico de las alas de los pájaros... soñó huir del lodo del planeta y crecer, crecer, hasta perderse en el espacio!

Su pasión la había transformado en una antena aguda, tronco y hojas terminaban en una proa au-

daz que se lanzaba imantada a la atracción del cielo y, en la ilusión de alcanzarlo, no miraba hacia sus plantas, despreciándolo todo.

Y fué castigada su soberbia.

Un rayo le abrió el manajo de hojas, que se doblaron hacia la tierra.

*

* *

Y menos mal que, sin la acritud de los despechados, o porque ya está en el camino del azul, hermanada al vuelo, cerca de la nube, conserva su erguida esperanza, se alza como una pujante voluntad de superación y, recortada en el límpido azul del cielo, la curva graciosa de sus hojas — verde y armoniosa súplica — reclama el milagro de volver a subir!

EL PONCHO

Tendió la noche

su negro manto...

Versos populares.

Muerto el indio en el crepúsculo de fuego de la página heroica de los conquistadores, nació el gaucho de las últimas hembras de la raza de bronce y el aventurero español.

No había otra luz que la de los fognazos de los arcabuces, el chispear de los aceros y los resplandores de los incendios que consumían a la Santísima Trinidad de los Buenos Aires o a Santo Domingo de Soriano...

Una noche trágica cayó sobre el nativo, que hubiera muerto en la barbarie si se conformara, indolente, con la fatalidad.

Pero el gaucho ya era un impulso y un fermento.

Para buscar la luz, para avizorar el porvenir, desenvainó el facón de las patriadas y puñaleó la sombra hacia arriba, hacia el cielo, sacando por el tajo la cabeza audaz.

El amanecer de un día nuevo le iluminó la cara.

*

* *

Así hizo con las cobijas que arrojaron por los caminos los ingleses que pretendieron conquistar a Buenos Aires, y tuvo el poncho.

LA FLOR DEL CAMALOTE

De lejanas tierras de horizontes pálidos había llegado la extranjera.

Era blanca como la nieve, que no vemos nunca, y tenía las largas y sedosas trenzas del color del lino...

En sus ojos azules, con una gotita de lila, había quedado un tono de cielo desmayado de crepúsculo, un dulzor de laguna serena a la tardecita.

El gauchito, el paisano humilde, se enamoró de ella, que, coqueta y vanidosa, se sintió halagada.

Para engatuzar más al criollo la forastera se mostraba entusiasta de sus habilidades camperas y había de ostentar siempre, cuando lo aguardaba con el mate, una sonrisa que era una promesa y una gloria.

Entre sus confidencias, como insinuándole una invitación, le hizo saber que, a la caída del sol, se bañaba en el arroyo cercano.

Para el enamorado era como una visión, verla, blanca y dorada, junto a los sarandíes, tentadora bajo las guías de los sauces llorones, entre el fresco verdor de las plantas acuáticas.

Junto a su gracia y su belleza ella poseía una generosidad incapaz de dejar padecer al amante y no fué sorda a sus requerimientos y sus ruegos.

Hubiera sido como un canto más de la naturaleza el fresco idilio, pero la prenda tenía dueño. . .

Su marido lo supo y, para castigar su infidelidad, arrojó a la traidora al agua, con una piedra al cuello.

Pero ella, caprichosamente femenina, consecuente y apasionada, buscando su amor, se estiró a flor de agua en el cuerpo tierno del camalote y asomó sus pupilas azules, con una gotita de lila, en la corola de sus flores!

*

* *

Por eso es que no sólo hay ternura de mujer en la dulce flor, sino que el lindo tirso florido sometido a cocción, tiene el mágico poder afrodisíaco de encender una amorosa fiebre inextinguible.

EL EUCALIPTO

De la lejana tierra exótica, donde bogan los negros cisnes de basalto, pasea su elegancia el ave lira y salta el kanguro maternal, vinieron los esbeltos y laboriosos eucaliptos.

El ceibo lento y desaliñado, que se olvida hasta de peinarse en el sutil laborar de la alquimia que rinde el milagro de sus flores rojas, le preguntó:

—Dime, hermano, por qué creces tan rápido?
¿Ansías captar los vientos altos o cazar las nubes?
¿Por qué no te inclinas hacia los espejos del remanso poético, como el sauce, o no te abres en la seda aromada y bella de las flores?

El eucalipto perseveraba en su labor.

El ceibo insistía:

—Tienes una gravedad dolorosa, te ensimismas olvidándote de alimentar a tus plantas a la hierba y la flor. Cuando tallan tu tronco y caes con

un gemido y un temblor, ya se aprestan a existir veinte vástagos nuevos que nacen de tu carne y se afanan por alzarse y alzarse hacia el cielo. ¿Por qué lo haces?

Y contestó el árbol extranjero:

—Mi labor es mi sueño ¡Mi crecer mi nostalgia! No ves como en la tarde — en la hora de la remembranza — viene la niebla amiga a volverme azul en mi saudade?

Ni intento cantar con los vientos altos, ni atrapar las nubes viajeras.

Cuanto más me elevo, más fácil me es enviar a mi patria lejana el mensaje de mi perfume tónico!

Sueño que un día mis ojos, en el extremo de mi copa verde, nadarán en el júbilo de distinguir mis lares!

Y por eso crezco y crezco, y laboro y me alargo... Y cuando el hacha me hiere y me abate, renazco en múltiples hijos que han de empinarme hacia el azul, persiguiendo mi sueño!

EL MARTIN PESCADOR

En el mundo de los pececitos del río y del arroyo, entre la limpidez de cristal de las aguas temblantes que agitan los frágiles tallos de los camalotes y sus menudas raicillas, y que reflejan el variado paisaje, hay leyendas e historias.

Las mamás tarariras, bagres, dorados, sábalos, salmones, enseñan a sus niños a tomar tibios baños de sol en los remansos despejados, donde se mira el cielo; a gozar de la protección de los sarandíes o la sombra de los sauces llorones, mientras pueden jugar con las guías curiosas que se asoman al espejo de la corriente.

Y les han prevenido eludir los paseos donde el agua es poco profunda y las ramas de los árboles se inclinan sobre ellas cual si intentaran bañarse.

Es que allí elige su observatorio el ogro de los pequeños pececitos, el terrible martín pescador,

pertrechado de su pupila sagaz y aguda, de su agilidad relampagueante y su amarillo y largo pico poderoso.

Pero es tan delicioso nadar a flor de agua, dejarse acunar en el temblor de la linfa que alterna lunares refulgentes, como monedas de metal, sobre el pedregullo polícromo, la clara tosca o la arena de oro...

Y es tentador escapar del monstruo que se disfraza de ave, con su gracioso plumaje gris, tornasolado en lucientes platas, en acerados azules y que, con una voz melíflua repite su estribillo:

— Martín pescador, me dejarás pasar?

— Pasará, pasará, pero el último quedará!

Qué importa que vibre una amenaza en la respuesta?, que un peligro prometa su castigo?

En vez de amilanar, aquello, al contrario, incita a la aventura.

Y, temerarios, los pececillos juguetones, se arrojan como una saeta argentina que horada la corriente.

Mientras que el ave avizora, lanza su arponazo mortal desde la rama balanceante.

EL AMOR SECO

Este amor seco es un amor tenaz.

Un amor que no muere y posee el misticismo acendrado que arde en consumidora fiebre la atormentada carne de los apasionados.

El amor seco es una novia alimentada de sueño y esperanza, que está aguardando siempre, como una noche que enciende todas sus estrellas para iluminar el camino del esperado día.

Fina, esbelta muchachita, que corría frenética hacia todas las promesas y que fué castigada porque no tenía paciencia, virtud negativa e inerte que no arraiga jamás en el nervioso corazón de los enamorados.

Para esperar era necesario permanecer quieta y, para esa condena, la volvieron una débil plantita consumida, y la hicieron atarse a la tierra con su vital cabellera de raíces.

Pero el amor seco no se conformó, se vistió ilusionada con sus florecillas de color amarillo, en cuyo centro un haz de dardos finos y oscuros son lanzados por la esperanza hacia todos los vientos buscando el corazón del elegido.

*

* *

Haz la prueba de cruzar junto a la atormentada mata del amor seco y vas a ver como, sin darte cuenta, te arroja sus certeras flechitas innúmeras.

EL ESTILO Y LA VIDALITA

— ¿Dónde me voy a refugiar?, solicitó la taciturna, doliente alma del indio, que vagaba por el terruño, ansiosa de continuar perdurando en el seno de lo suyo.

— ¿En esa desmayada dulzura de cielo de la flor del camalote?

— ¿En la rudeza varonil del tala espinoso?

— ¿En la melancolía de los sauces llorones?

— ¿En el gemir angustioso de los caraos?

— ¿En el pudor arisco de las sensitivas silvestres?

— ¿En el quejarse de los pastos agitados por el pampero?

— ¿En el desgarrón lírico que hace en el corazón de la tarde el canto del chingolo?

— ¿En la dulce y saudosa súplica de las palomitas torcazas?

Cada una de esas cosas y la flor del ceibo y la melodía del sabiá y el encendido churrinche y la gracia de los colibríes... eran poco para encarnar una raza y entonces en la copa del cielo se destiló la múltiple poesía y su esencia dió la armonía y las criollas languideces con la cual se tejió la hamaca llorona de las vidalitas.

Quedaban aún las penas de amor, la guitarra romántica y los sueños épicos del gaucho que se afilaron en la música tierna, viril y entera de los estilos.

Y en su regazo hondo, sonoro y caliente, se acu-
nó el alma india.

EL SARANDI

Había una gran seca.

Amarilleaban los campos; la tierra abríase en grietas dolorosas; de los callejones levantábanse ahogantes polvaredas y hasta el monte moría angustiado de sed.

El arroyo, flaco y barroso como una anguila, parecía aburrido de caminar tan lerdamente...

Sólo el sarandí conservaba un átomo de vida y aun poseía hojas verdes y tiernas en sus finas ramas flexibles.

La Naturaleza le pagaba sus humanitarias funciones.

*

* *

Cuando el arroyo estaba crecido y peligraba la vida de los que intentaban vadearlo, el sarandí

— tan poquita cosa con sus guías frágiles y leves — se adelantó, ofreciéndose:

— Yo seré el salva-vidas del paisano.

Algunos árboles se rieron; otros, como el lapacho, se alejaron indiferentes.

No faltó mata que exclamara, escéptica:

— Vamos a reclamar un abogado...

Un ñapindá se burló:

— Sarandicito, te vas a reumatizar con las piernas en el agua...

Los otros árboles, más prácticos — según ellos — se colocaron a una previsora distancia del agua, mientras el sarandí entraba en el arroyo, cuyas frescas ondas lo acariciaban.

* * *

Ahora que impera terrible el azote de la sequía, lo envidian y, entre tanto, se arrepienten de su egoísmo.

LOS CARDENALES

Mientras los cuervos hipócritas — con sus vestidos fúnebres y su afición a los muertos — andan masticando letanías, los cardenales vuelan y cantan, esperanzados y alegres.

Siguen soñando el futuro, tanto como sus enemigos se abisman en las tinieblas del pasado.

Tienen un ayer, pero es un claro y vivo recuerdo de aurora, cuando los pájaros y las aves libertarias quisieron fundar en nuestro continente una grande y armónica república fraternal.

Para ello pidieron plumas a los churrinches — corazón de charrúa con alas — pétalos a las achiras y los ceibos, resplandores a los volcanes de los Andes e hicieron una flameante y magnífica bandera escarlata.

Los cuervos conspiraron contra la iniciativa, consiguieron adeptos en todas las aves de presa y

de rapiña — caranchos, caburés, buitres, chimangos, halcones — y fuertes de sus intereses y sus zurdos y autoritarios impulsos, dispersaron a los innovadores y con sus garras y sus picos asesinos destrozaron la bella bandera simbólica.

Pero los cardenales, que entonces usaban las cabezas descubiertas, en son de protesta, recogieron los girones de la bandera del porvenir y con ellos se hicieron sus rojos, desafiantes, gorros frigos republicanos.

EL JAZMIN DEL CIELO

Tan débil y tan tierna, la mata de jazmín del cielo hace desesperados esfuerzos por ascender por los limpios cristales de los aires.

Pide ayuda a los cercos de los pueblos, a las viejas paredes y pesa lo menos posible sobre la esbeltas cañas en las cuales se apoya.

Se vuelve leve y aérea para elevarse y a uno se le ocurre que le van a nacer suaves y veloces alitas verdes.

Quiere irse al cielo y el cielo se condele y baja en las claras noches de plata hasta la linda planta.

Vuela de nuevo al firmamento cuando retorna la luz del día, pero siempre queda algún retazo rezagado, como un espumoso plumón celeste que se disimula tomando el aspecto de flores, en un bonito apelmazamiento de pequeñas corolas de un azul desvahído, que llevan con gráfica exactitud el nombre de jazmín del cielo.

LOS PALMARES DE ROCHA

En remotas épocas, seres sobrenaturales vinieron por el Oriente a traernos el milagro de la luz.

Hijos de Ariel, quizá; como él alígeros e ideales, intentaban crear la Ciudad del Sol de los generosos utopistas.

Las oscuras fuerzas del mal los sorprendieron en medio a su fatiga de semidioses y conspirando contra su nobilísimo fin, los inmovilizaron en la tierra, haciéndoles nacer tenaces raíces, volviéndolos palmeras.

En el transcurrir del tiempo no han perdido nada de su alcornia y de sus atributos y por eso nos dan esa serena sensación musical y poética, esa emoción de ponernos en contacto con seres puros y espirituales.

*

* *

Esbeltas, erguidas, sólidas, con esa elegancia acabada y fuerte de la columna, las palmeras rematan en el capitel de ondulaciones rítmicas de sus hojas — penacho verde, atenuado por un plateado gris, pacato y suave — dando idea de que continúan intentando enalzar un alcázar de cristales traslúcidos, para morada de los humanos transfigurados.

Todas poseen su heredada nobleza de criaturas reconcentradas sobre los azules surcos del pensamiento y si un afán social las aglomera en un enorme clan disciplinado, un celoso individualismo las aísla — cada una consigo mismo — subrayando la aristocracia de la personalidad.

Así abren, entre sus tallos de geométrica perfección, el camino del aire y la expansión de nuestra luz clarísima, que todo lo relleva en línea, en color o en volumen, como una divinidad cuya matemática sabiduría reparte sus dones presidida por la equidad y la armonía.

El secreto impulso de la especie, la sublime afinidad electiva del sentimiento puro de la amistad, une a veces a dos de ellas, quizá amigas, quizá amantes, pero a las cuales jamás aperecimos en el acto amoroso, en el abrazo expansivo.

La pareja, que hasta hace un instante ha cantado el dúo ideal, cuando la descubrimos, ya está en el saudoso trance de la despedida.

En alguna oportunidad encontramos el triángulo simbólico, las tres palmeras que nos evocan las tres Gracias, de cuerpos eurítmicos y brazos trenzados con impecable y bellísima justeza, pero siempre en el momento tranquilo y dulcemente melancólico del alejamiento.

Alguna palmera curiosa, alguna palmera coqueta, se destaca en veces del conjunto y se adelanta hacia el terso y celeste espejo de las lagunas, quizá a peinar su crencha, a contemplar en el azogue de la linfa su gracia armoniosa.

A las plantas de los palmares, los geniecillos tutelares, prolijos, mondan de yuyos, espinas y malezas, la tierra maternal.

Es necesario. Para que pueda filtrarse fácil, líquido, flúido, gozoso, como una música de luz, el sol matinal, con el cual nos donan — cotidianamente — el áureo júbilo de la vida.

*

* *

Esperando volver a reencarnarse en sus formas y sus almas pristinas, insisten en su divina mi-

sión, y porque saben que roban a la tierra alguna gala floral, que no puede cuajar entre el violeta de su sombra, maduran sus frutos, los coloran de un intenso naranja dorado — como un pomposo racimo de flores — y los endulzan, ¡ hasta la miel!... para dejarlos caer a sus pies como un regalo!

LA YERBA DE LA PIEDRA

Cada ser, cada cosa, cada ínfima existencia, tiene su misión y posee sus secretas leyes.

No hay brizna de hierba ni fragmento de mineral que sean inútiles. Aquélla salva la vida de un insecto a punto de ahogarse en un charquito de agua; éste puede ser el pavimento seco de una colonia de estafilinos.

Y si es absurdo pavonearse como los mangan-gaes o engrozarse como el caraguatá, conspirando contra su propia fortaleza, es digno y loable lo que hizo la piedra, que soñó con dar flor.

Fué así: la piedra, que en manos del hombre se vuelve útil para construir sus casas, sus caminos, sus puentes, y bajo el buril del artista puede llegar a ser delicada o vigorosa obra de arte, no quería conformarse — en su alejamiento de las múltiples actividades de la vida — con ser sólo la estufa aso-

leada donde dormía las siestas el lagarto o la atalaya desde donde algún pájaro atisbaba su presa.

Anhelaba ser hermosa, producir belleza como los árboles, como las plantas de los jardines o al igual de los yuyitos del campo, que se llenaban de colores y de perfumes todas las primaveras.

Como en la pampa de granito de José Enrique Rodó, se abrieron las mil bocas de sus ansias y un poco de polvo y un poco del sueño acariciado, realizaron el milagro.

Sobre el áspero y tosco lomo de la piedra, surgió un vello vegetal, un encrespase de diminutos tallos duros, de un color grisáceo, semejante a quien lo creara y que, en parte, satisfizo la noble e ideal ambición de la inerte mole.

Digo en parte, porque el mineral se había iluminado con crear una flor!

Por suerte produjo algo, y algo que se volvió útil, pues el indígena descubrió que la “yerba de la piedra” era medicinal y la usó para atenuar sus dolores físicos.

LECCION DEL HORNERO

Bien está que los jugos de la tierra, que su alquimia misteriosa, las fecundas lluvias, la luz de los soles, el nácar de las lunas, nos ofrezcan el milagro de la flor, el regalo del fruto.

Bien que los néctares, los zumos de las flores recogidos por la abeja de oro, nos destilen la rubia miel.

Bien que la roca férrea, las arenas finísimas, nos filtren el agua, rindiéndola más limpia y más pura.

Que el día encendido, la noche celeste, el dardo del amor, arranquen del corazón y la garganta del pájaro, maravilloso el canto!

Pero, poeta, la lección más honda está en la labor y el júbilo, en el entusiasmo y la pasión del hornero.

Alguna laboriosa preocupación lo hizo llegar

tarde cuando la naturaleza repartía sus dones. A él no le correspondieron sino pajuelas secas, ramitas deleznable, barro...

Pero con eso compuso su poema: el prodigio de su palacio que no envidia la gracia, la seguridad y el arte de ningún arquitecto.

¡Poesía del nido, amor del hogar, vigor de la persistencia y, por sobre todo, como un oriflama lírico, el canto, el sonoro, jocular, limpio canto de todas sus horas!

Poeta, aprende.

Con el barro humano, con lo despreciado, con lo ínfimo, construye, alegremente, tu fábrica duradera y bella!

Y no olvides que, además, haciéndote los hados su elegido, te ofrecieron la divina materia del Sueño!

LOS DORMILONES Y LOS GALLOS

Desde el insondable corazón de la noche, en su misión de sumir a la tierra en la oscuridad, brotan, en un hervoroso, creciente multiplicarse, los tardos dormilones.

Con su vuelo aterciopelado de silencio, en desordenado revolotear, comienzan a tejer el paño denso con que van a amortajar el día.

A medida que consiguen apretar los estambres violetas del crepúsculo vespertino se orientan mejor y no amenazan chocar, torpes, con los seres y las cosas.

Estrechan, espesan la malla por entre la cual, a veces, se asoma la luna y gotean las lágrimas de luz de las estrellas.

La tierra está amenazada de naufragar en una tiniebla definitiva!

Pero despiertan, vigilantes, los gallos.

Sus picos horadan la tela de sombra.

Sus crestas ponen un vivo rojor de alborada sobre el planeta.

La puñalada aguda de sus cantos metálicos, desgarran la negrura apretada de la noche y la luz pone el huevo de oro del sol sobre el mundo!

EL MATE DULCE

Este Juan Criollo, — viejo cachoso, dientes macetas y fariñera mellada, — que no come carne porque no puede masticar, se pone “filoso” para hablar mal de la más bella existencia que ... *conversa* sobre la tierra: la mujer.

El me narra esta leyenda.

—Sí, gurí, Dios hizo el mundo y le regaló al gaucho, pingo y guitarra, lazo y rancho, perro y mate amargo, como vos decís, y el hombre vivía lindo nomás hasta que Mandinga, — ¿qué aunde no mete la uña? — le mostró un casal de cada bicho de los que había en la tierra, endilgándole:

—Pedí tu par.

El maturrango le pidió explicaciones:

—¿Y pa qué?

—¡Bicho zonzo! Pa no estar tan solo y p'haber lo qui hacen los demás...

El gaucho reflexionó y se puso a bombar bi-chitos, pájaros y animales, que andaban en yuntas haciéndose sus macacadas y zalamerías.

Ensiló su matungo, se fué a la estancia de Dios y con el sombrero en la mano, después del Ave María Purísima, y de pedir venia, s'explicó:

—Perdone, Tata, per'usté se mi ha olvidau di una cosa...

—¿De qué, amigo?, se sorprendió y se admiró el que todo lo sabe.

Y el otro más enredau que porra'e negra, le hacía señas pa cuanto bicho hembra véia nel paráiso...

El Maistro se dió cuenta que el muchacho no carculaba en los líos que se iba a meter y entuavía le mezquinó un poco:

—El güey solo bien se lame... ¿Y así no vivís bien?

El pedigüeño tuvo una agachada:

—Yo no soy güey, Tata Dios... Después me vuelvo puro suspiro y tristeza y pena...

Dios vió que aquella enfermedad no tenía sino una medecina y entonce agarró una vara e mimbres cimbradora, una pluma'e caburé pa malmariar al prójimo, un caliente pechito 'e paloma y la ilusión di una nube rosada d'esas que ves al rayar el día

y se te juye di ante los ojos sin darte cuenta, y le presentó la mujer.

El paisano, como muchacho nuevo se babiaba 'e contento. Se puso a temblar cuando l'alzó en l'anca 'e su pingo y salió que l'hervía pal rancho.

Fué llegar y ya la china lo mandó agachar el lomo porque quería zaraza pa un vestido y aceite di olor pal pelo y agua florida... Arrancó la cinta 'e la guitarra pa el moño 'e la trenza y revolvió el fogón pa encenizarse la cara...

Y cuando el gaucho se durmió, cansau de la lidia, en el buen mate amargo, querido del criollo, empezó a meter cuanto menjunje encontró a mano: cedrón y menta y leche y cascaritas 'e laranja y, pa completar la folía, azúca!

Y nació el mate dulce, que no lo toman sino las hembras!

LOS SABALOS

No son muy amigos de las aguas transparentes y claras, y ello se explica porque el hombre si no dispone del anzuelo traidor para perseguirlos es capaz de arrojarles una piedra con tal de hacerles daño.

Como las mojarritas, no salen jamás de la infancia y por eso andan siempre jugando.

Se deslizan veloces, en compañía de cinco o seis congéneres, nadan casi a flor de agua en la sombra de las barrancas y de los follajes espesos; se escurren como apretados entre el cristal verde oscuro de las aguas de los arroyos hondos y cual si se divirtieran haciendo pompas de jabón, arrojan hacia la superficie de la linfa repetidas burbújas, graciosas e inútiles, que rompen con simétricos círculos concéntricos el terso y sombrío jaspe de las lagunas.

Los sábalos seméjanse a esos pacientes y obstinados fumadores que intentan hacer sus vanos anillos de humo.

LAS GARZAS ROSADAS

Las garzas merecieron ser indicadas para ocupar altas funciones.

Con sus alas y con sus largas piernas ágiles ayudaron a la Naturaleza, cuando aun las aguas no habían abandonado el globo terráqueo.

Por tal motivo se resolvió premiarlas con el reinado sobre ríos, lagunas y bañados.

Como su jerarquía lo reclamaba, se les dió una guardia de elegantes flamencos y de patos azules y se les destinó como residencia la frescura de los estanques floridos de camalotes y nenúfares, adornados de juncos y cañas musicales.

El trabajo les había impedido ostentar un bello traje, pero ahora que reinaban y que su categoría exigía otra indumentaria, lo reclamaron.

Entonces la Naturaleza, madre del cielo y de la tierra, pidió a la aurora unos espumosos tules rosados y vistió a las garzas.

Y las garzas, mujeres al fin, se emocionaron tanto y se pusieron tan melindrosas y tan acartonadas; le dieron tal importancia a su sedoso vestido de plumas rosicler, que, por no ajarlo o mancharlo, se relegaron a escondidos rincones, no acudieron a sus funciones reales y fueron tratadas de orgullosas porque no se dejaban ver ni asistían ni a la más deslumbrante fiesta de sus súbditos.

*

* *

Narcisos de nuestras escondidas lagunas, se pasan las horas muertas admirándose, envanecidas...

Y temerosas de desaliñar sus adornos de espuma de aurora, y, a pesar de tener alas, se inmovilizan sobre una pata rígida, cavilando sobre los peligros de los pantanos.

*

* *

Entre tanto el hombre que, sino su vanidad, debía respetar su belleza, viene con la escopeta traicionera a robarle sus vestidos de reina.

LOS GUITARREROS

Con jugo de malas intenciones, con la envidia de los que no saben admirar las buenas obras ajenas, el genio del mal debe haber amasado esa muchedumbre de enemigos del hombre que ataca arteramente sus sembrados.

Así han salido de feos, oscuros y malolientes, el fraileSCO, el bicho moro arropado en su opaco traje gris, la chinche nauseabunda, el tambeyuá — verde bilioso, — la plaga de la langosta voraz o la isoca destructora, que serrucha las raíces de las plantas.

En un plano superior a esa sabandija alada, vienen las avispas negras, las hormigas voladoras, los magros alguaciles, el avispon acerado, que se lanza como un guerrero cruel contra las peludas y repulsivas arañas y, con los vagos y rezongones magangas, los elegantes guitarreros, vestidos siem-

pre de fiesta, con su jabón verde luz, adornado de un lustroso naranja dorado y sus largas y sensibles antenas color carmín.

Acertada ha sido la denominación que a esos bichitos finos ha puesto la imaginación popular.

Seguro que ellos son los últimos gauchos músicos que el comisario nuevo corrió, de los bailes criollos o de junto a la cuadrada ventanita del rancho cimarrón, donde se desgranaba la melodía de la serenata romántica.

Vienen de cantar en una noche dulce o amorosa.

No hay duda.

Si los aprisionas en la mano, envolviéndolos en su sombra tibia, ellos creen estar en el estuche de una de aquellas noches soñadas y comienzan:

—Riiiiimmm... riiimmm... rimm...

...a sonar su guitarra sentimental.

EL YESQUERO

Mirando el paisano el alegre chisporroteo que hacían las ruedas de un carro al correr por un pedregal, dedujo:

—Si yo pudiese hacer esas chispas tendría fuego hasta cuando sopla el viento furioso, que apaga los fósforos.

Y probó con una piedra dura y el lomo de su cuchillo y recogió las estrellitas de fuego en el cuenco de una punta de cuerno, donde se consumieron al instante.

Necesitaba algo inflamable que se incendiase al contacto con las chispas. Exclamó:

—Qué no daría yo por tener una cosa así.

Entonces se le apareció el diablo en figura de gente, y se le ofreció:

—Si quiere yo lo ayudo a buscar.

El gaucho le agradeció a aquel paisano tan comedido y siguieron juntos.

Campearon, campearon y cuando el criollo quiso acordar estuvieron frente a un fogón grandote, que algunos dicen que era el infierno, donde ardían gruesos trafogueros con forma de mujeres.

—¿No es esto lo que le hace falta?, le preguntó el Maligno.

El gaucho se fué a santiguar, prevenido, cuando la sonrisa de una boca de fuego y el calor de un femenino cuerpo que se le arrimaba, lo confundieron...

.....

El paisano cree que pasó una noche de amor, pero lo que tiene seguro es que, al otro día, había junto a él, en vez de un serpentino cuerpo de hembra fogosa, una larga yesca que estaba agarrando fuego sola, como los campos tostados del verano.

El diablo le había completado el yesquero.

Quién le dice que no es por eso que el yesquero, más que para otra cosa, sirve para cultivar el vicio de fumar, que, aunque chico, es un vicio, con el cual el diablo se empieza a cobrar su servicio...

LA MARCELA

Dios hizo nacer la marcela en las tierras de América para remedio de los indios.

Tradición de los aborígenes.

Con el sol de fuego, que venía rodando desde el palacio de Dios; con la luna y las estrellas, que embellecían las noches; con los animales, los yuyos y los árboles útiles, tuvo el indio calor, luz, alimento, choza y armas para la caza y para la guerra.

Los hechiceros encontraron los minerales y las hierbas misteriosas, las pieles de víbora, los dientes de araña, los almizcles y las plumas de caburé para sus encantamientos.

Los poetas, junto a la más linda visión del mundo, la gracia alada de los pájaros de colores, — cargados con la cuerda de la música, — de las flores maravillosas y perfumadas: del jacarandá, del

espinillo, del ceibo, del clavel del aire, del mburu-cujá!...

Faltaba algo para las madres que, con el alma angustiada, habían de soportar el martirio del gemir de los indiecitos enfermos.

Ellas, llorando y suplicando, corrieron con sus ofrendas todos los lugares sagrados y Dios se con-dolió e hizo que de cada una de las lágrimas de las madres que sufren por sus hijos, naciera una plan-tita, simple como sus almas, buena como sus co-razones y que sirviera para aplacar todos los males.

Eso es la marcela humilde, de ramitas, hojas y flores grisácea - amarillentas, que sólo se hace no-tar por su perfume tónico y agradable.

*

* *

Dios hizo nacer la marcela en tierras de Amé-rica para remedio de los indios.

LOS NEGRITOS DEL URUGUAY

Los buenos obreros de Dios son a veces los póli-pos de coral, que forman los fantásticos archipié-lagos; los vientos que transportan las arenas; la brisa o los insectos, llevando en sus vuelos el po-len; los ríos que arrastran el limo fecundo y ci-mientan las nuevas tierras de los deltas... Y los pájaros, las innúmeras flechas del sol o las múlti-ples gotitas de agua de la lluvia...

*

* *

En los mediodías deslumbradores del medio Uruguay, cuando los hombres del pueblo nos ha-cían ver en la plata hirviente y cegadora de la su-perficie del río unas fugaces apariciones, que po-dían ser biguaes zambullidores o simples fenóme-

nos ópticos de refracción, supimos la existencia de los legendarios negritos.

Larvas de leyenda, esos seres diminutos son hermanos de los gnomos de la Europa del norte, de los enanitos misteriosos, los "tomte" de barba de nieve y alegres capuchones coloreados y puntiaguados.

Nosotros, niños, queríamos saber qué hacían.

Algún buen viejo fantasioso nos lo contó.

Una por una, piedra a piedra, pedacito a pedacito, los Negritos del Uruguay, desde hace miles de años, intentan unir las tierras argentinas y uruguayas.

Ya llevan mucha labor realizada con las ásperas rocas del Salto Grande y del Salto Chico, que cimentaron y han ido alzando en rudas horas de trabajo.

Sus tentativas en el Almirón y el Hervidero no prosperan porque los hombres encaprichados en hacer pasar sus barcos, encargan a las dragas que anulen la fatiga sub-fluvial.

.....

Ahora han interrumpido su tarea y esa su aparición meridiana es de vigilancia y esperanza.

*

* *

Cuando los hombres se vuelvan más buenos, los

negritos continuarán su obra, tendiendo un camino que, por sobre el bello y caudaloso río que los separa, una a dos pueblos hermanos.

Hermanos, como todas las repúblicas de América.

EL BLANQUILLO

Es el árbol caudillo.

En oposición al tala y más al espinillo o al quebracho, que intentando ser individualistas se aíslan y alejan de sus congéneres, el blanquillo se adentra en lo más intrincado del bosque, rodeándose de todos los demás árboles indígenas.

Se dijera que los ha convocado a una asamblea y como es enhiesto y aventajado, levanta por sobre los más altos follajes la verde arenga de su copa dominadora.

Junto a él la muchedumbre vegetal se apeñusca esperando órdenes, dispuesta a vadear la laguna y conquistar para su reino las dilatadas y feraces llanuras.

*
* *

Bajo el cielo negro, donde se suceden los sor-

dos fogonazos de los relámpagos, ayudado por el viento conspirador, el blanquillo agita su melena, incitante y heroico, y quién sabe que hazañas realizaría si una centella oportuna no abatiese su cresta altiva, su temerario empuje.

LA MORDAZA

La guasca cruda, arrugada y dura como una cortante faja de metal, se vanagloriaba de reírse del hombre, a quien — afirmaba — no le serviría nunca, vengando al potro del cual provenía, y el que fuera sometido con la barbarie del “bocado”, el rebenque y las espuelas.

El joven mancebo decía lo mismo:

—¡Yo soy voluntarioso, rebelde y libre!

Vino la mordaza y entre sus dos mandíbulas sin dientes obligó a la guasca a pasar y repasar, hasta dejarla suave como una badana.

El joven se iba a reír, pero la mordaza lo contuvo:

—¡Cuidado! Siempre hay alguno más fuerte que nosotros. La Vida te puede sobar con sus mandíbulas, hechas de dolor y de desengaño...

Y después, despacito y segura, viene la Muerte...

EL BENTEVEO

Contagiados de las ocurrencias de los hombres, los habitantes del bosque quisieron un día designarse una reina o un rey de belleza.

Poco conocedores de sí mismos o engañados por el falso espejismo de la vanidad, no hubo uno que no presentara su candidatura.

Junto a la gracia aérea del colibrí, a la elegancia de la garza, a la hermosura del siete colores, al deslumbrante traje del churrinche, al tornasolado del charrúa o a la fina silueta del terutero, avanzaron pretensiones el Juan - grande, el mampeiao, el cerdo silvestre, la tortuga, la lechuza y algunos señores tan intensamente perfumados como el zorro, el carpincho y el zorrino.

Desde el río clamaban por su éxito el lobo, el bagre y el manguruyú; desde su arena cálida el yacaré; desde el pantano la sanguijuela y no creyén-

dose menos digno del envidiable puesto, lo codiciaban el pato plácido, la gallineta alígera y el sapo flautista.

Delegaciones de pájaros conversadores intentaron convencer a los otros bichos de la necesidad de hacer converger los sufragios en una persona graciosa y, si posible fuera, poseedora de atributos tales como la del cantor o el arquitecto.

No prosperaron en su propaganda.

El sapo se envaneceía:

—El poder de mi canto incita a la lluvia o conmina a aparecer a la luna.

El carpincho argumentaba:

—El cielo y el árbol se ocultan avergonzados cuando yo me contemplo en el arroyo.

El cerdo aducía:

—Yo poseo una espléndida dentadura y un aire burgués respetabilísimo.

La tortuga:

—Yo camino con lentitud para que puedan admirar la gracia con que está decorada mi caparazón.

Y así continuaba cada uno alabando sus perfecciones y encantos.

La cotorra tomaba la palabra y hacía enmudecer todo el bosque.

La rana, croaba, ególatra:

—¡Yo! ¡yo! ¡yo!

.....

La primera asamblea fué un chillar, gruñir, berrear, piar caótico.

El avestruz que, por vagar por las praderas, no sabía de lo que se trataba, aventuró:

¿Están construyendo una nueva torre de Babel?

Una cachirla lo informó:

—No, señor de las botas de siete leguas, los habitantes de las selvas y las corrientes realizan unas elecciones.

—¡Igual a los hombres!, silbó un águila individualista.

.....

Tan grande comenzó a ser la confusión de la segunda reunión y tal la pretensión y megalomanía de los candidatos, que no había uno que consiguiera dos votos y nadie que se entendiera.

El zorro, precavido, reclamó silencio:

—¡Animales!, un poco más y esta batahola va a llegar a los oídos de nuestro enemigo! No es posible admitir que hablen todos a un tiempo. Que cada uno se adelante, se exhiba, muestre sus habilidades, exponga sus méritos y la asamblea lo aprobará o reprobará.

Los bichos se empezaron a hacer la tuallet.

.....

Existía un pájaro que, no poseyendo virtud alguna que lo condujese al triunfo y no contando sino con su audacia y su voz fuerte y aguda, reflexionó:

—Me serviré de ésto...

Mientras el zorro sutilizaba, concibiendo y desechando artimañas para presentar su candidatura y los demás colegas se ilusionaban desmesurando sus gracias o atributos, el benteveo, nuestro héroe, resolvió:

—¡Críticaré! Descubriré en todos algún defecto. Si no conquisto el triunfo, por lo menos conseguiré poner una piedra en el camino de los demás. Empezaré por hacerme oír y hacerme temer...

Como nadie posee la absoluta y definitiva perfección, fingiré tener buen gusto y ser muy exigente... Secundando luego la interesada guerra de los rivales, aparentando imparcialidad, me transformo en un personaje importante.

*

* *

Como paladín de la Belleza, cuando el carpíncho, — con su cabezota chata, sus ojillos diminutos

y su amarillo pelaje hirsuto, — se adelantó, el benteveo le descerrajó su condenación.

—¡Bicho feo! ¡Bicho feo!

¡Muero de horror cuando te veo,

¡bicho feo!; ¡bicho feo!

El tímido roedor, desesperado, se tiró de cabeza al arroyo.

Cosa semejante le sucedió al sapo, al mampelao, a la lechuza, a la tortuga.

Resonaba la frase agresiva del pájaro ladino y la asamblea, parte de buena fe y parte obedeciendo a sus conveniencias, aprobaba y estimulaba al terrible censor.

Pero como con todos continuó la misma táctica, algunos le perdieron la fe y no se pudo realizar la elección de la Venus o el Adonis de las aves, los bichos y demás animales.

El benteveo, envanecido de la eficacia de su acción o quizá defendiéndose de que alguien pueda usurparle el puesto que ambiciona, continúa, desgañitándose en todo momento, gritando hasta cuando ve su propia sombra:

—¡Bicho feo! ¡Bicho feo!

LOS BIGUAES

En el Uruguay anchuroso, — que canta en los saltos su canción primitiva y bárbara, — con el ojo avizor, la nerviosa y fina elegancia de su cuerpo de acero negro, los “maragullones” indígenas se dejan acunar en el ritmo de la onda.

El pulido cuello de ánfora de los biguaes, — que no envidia la aristocrática gracia del cisne. — es tan móvil, que dá la sensación de estar zigzagueando.

Aves ariscas y desconfiadas, al menor amago, al percibir el más mínimo rumor, al proyectarse de una sombra, zambullen, desaparecen, cobijados en el plumón fresco y azul del Río.

Huyen, se pierden.

No es para menos.

Son el alma de los últimos indios.

Los que, cuando el blanco intruso intentó aca-

barlos, prefirieron el seno amante y protector del paterno Río de los Pájaros de Colores, mientras el hermano churrinche buscaba el reparo cordial de los montes tibios.

EL PORORO

El Viejo Vizcacha, tan alarife y bandido, tenía cuatro hijas y las cuidaba, como suele decirse, más que a las niñas de sus ojos.

Morochitas lindas y querendonas, eran pretendidas por toda la mozada del pago.

Visitas, pretextos para llegar a las casas, gauchos en continuos paseos por el callejón, músicas, de serenatas, marcaban la atracción de las muchachas.

Y ellas "no eran mancas". De carne y hueso, con un corazoncito tierno, dulce y generoso, respondían a las guiñadas, al apretón de mano con cosquillita; escuchaban temblorosas las décimas, suspiraban en las esperas...

Y maldecían de su suerte por no poder acudir a las citas o a los lindos bailes, donde se marearían, deliciosamente, entre los brazos fuertes de sus ena-

morados, mientras gemían las guitarras y se quejaban los acordeones.

El viejo no les perdía pisada y desde el cuarto de al lado al de las mozas, escuchaba, con su china, los movimientos y las charlas de sus hijas.

Una noche, cita o baile o las dos cosas a un tiempo, tenía inquietas, angustiadas y nerviosas a las niñas.

¿Cómo hacer para escaparse?

Entonces el diablo, que olió un buen negocio, se vino con un sartén, grasa de la riñonada y maíces pizingallo y les aconsejó:

—Tráiganse un brasero con buen fuego, calienten la grasa en el sartén y metan dentro este maíz... Cuando empiecen a abrirse las "rosas", a estallar los granos, aunque ustedes se vayan, el viejo no va a desconfiar nada porque va a sentir el "pororó" y, naturalmente, va a creer que son mujeres conversando...

LAS PALOMAS TORCAZAS Y LAS FLORES DEL CAMPO

Gimen las torcacas amorosas porque no pudieron asistir al festival de los picaflores, donde quizá hubieran encontrado novio...

Un mucho de culpa la tiene su coquetería, pues pretendían ir con un vestido fantástico y deslumbrador, formado por las más brillantes sedas, los más suaves terciopelos, las más finas y vaporosas gasas.

Viendo el encendido traje del churrinche, el cándido e impecable de la viudita, el oro de los dorados, la gama polícroma del siete colores, las medias rojas de la gallineta y queriendo superar a todos, luego de pedirle al arco-iris sus purísimos reflejos, se atarearon en elegir las más llamativas combinaciones.

Amarillos luminosos, escarlatas llameantes

verdes frescos, azules de aguas y de cielos, delicados lilas y rosas, todo lo poseyeron y a medida que se los iban probando, los arrojaban queriendo diversos o mejores elementos.

Y así huía el tiempo.

Y las gasas, las sedas, los tules, los terciopelos, caían por los campos, y las margaritas silvestres corrían a recortarse pañitos blancos; las manzani-llas se apropiaban de terciopelos de oro; las achiras se empenachaban con oriflamas de fuego; las verbenas se recortaban graciosos adornos de mostacillas rojas o moradas; los bibyes se engalanaban con capuchas lilas y con la Santa Lucía, que se adueñaba de leves sedas celestes, los macachines se recortaban escarapelas amarillas y la siete sangrías decoraba la escalerita de su tallo con sonrosadas corolas.

Las palomas torcazas, siempre descontentas, insatisfechas, continuaban revolviendo los trapos, desordenándolo todo — como las señoritas desocupadas en las tiendas — sin resolverse por nada y sin cambiarse sus simples y modestos trajecitos grises, se quedaron en casa, pues transcurrió la hora de la fiesta y no les restó sino el gemebundo lamentarse.

Triste, tristísimo, suspiran por el baile perdido...

*
* *

Menos mal que sus galas les sirvieron a las matas, a los yuyos, a las plantas del campo, para recortarse el múltiple prodigio de sus maravillosas flores.

LA CHAIRA

En razón de que la lima ha domado al hierro y al acero y le ha hincado su diente irresistible a los metales duros, cuando se vuelve chaira se lleva muy bien con las hojas templadas de los cuchillos y los facones.

La piedra de afilar se queda siempre con algo de los que vienen a pedirle ayuda.

Parece que les cobrara una comisión.

La chaira es más generosa.

Presta sus favores desinteresadamente.

No está sustrayéndole un poco de su cuerpo como la piedra, que los roe, hipócrita, y los consume disimuladamente.

La chaira — acero sobre acero — parece que besara al cuchillo, que jugara a entregársele y a huirle, y en su baile ágil y fulgurante lo enriquece con un filo que “corta un pelo en el aire”!

LAS ABEJAS SILVESTRES

Como el cemento a los insectos albañiles o la habilidad a la araña hilandera, la Naturaleza ofreció a las abejas silvestres el secreto de la fabricación del papel.

Si bien pudieron reservarse la fórmula con que su alquimia misteriosa consigue volver miel y cera el néctar y el zumo de las flores, tenían la obligación de revelar al hombre el procedimiento que metamorfosea la madera en celulosa y en las hojas levísimas, que han de dar alas reales al pensamiento, de ya alígero.

Pero quizá los pequeños y laboriosos himenópteros prevenían lo que más tarde sucedió, ese abuso por medio del cual los humanos han hecho doblar las débiles espaldas de las sutiles láminas de papel, bajo el peso de tantas mentiras y tantas maldades.

Por eso las abejas, superando su pristina mi-

sión, han demostrado inteligencia callando su secreto.

Y, por cierto, han dado un fin práctico y bello a su privilegio, sirviéndose de él para construir camcatíes, que, si presentan un exterior gris, sólo debe obedecer a la finalidad de la perfección interior, donde corren parejas la armoniosa arquitectura y la exquisitez de la rubia miel que destilan.

EL HIGUERON

Se justifica que el higuieron se enorgullezca de su aspecto magnífico, de su soberbia copa, de su tronco robusto, de la ancha y espesa sombra que proyecta.

Le ha costado su esfuerzo metódico y tenaz, en un alargarse continuo de sus ramas, en un incessante laborío subterráneo de sus raíces, las oscuras y diligentes obreras que lo alimentan.

Pero no es todo irse en vicio y apretar el lindo y murmurante hojerío verde y lustroso.

El guaviyú es más pequeño, de aspecto menos imponente, y nos dá sus dulces y morados frutos deliciosos.

Es verdad que el higuieron intenta ofrecernos su cosecha, pero son sus higuitos tan diminutos que no sirven sino para comprobar que el bello árbol ha gastado su fecundo esfuerzo en otras finalidades.

*

* *

El higuieron recuerda ésos jóvenes viriles y fuertes que sólo ocupan sus horas en el sport, en desarrollar su físico, en obtener agilidad y musculatura y, en cuanto al cerebro, a la noble inteligencia, al pensamiento alado, nos ofrecen, — y eso es cuando pueden hacerlo, — unos higuitos raquícos.

LA SANTA RITA

La Santa Rita se creyó con vocación mística y se apartó del mundo, ocupando sus horas en plegarias, en meditaciones, en ejercicios espirituales.

Sin vanidad, sin ansias, sin otro anhelo que ascender el áspero y helado sendero de la mortificación, cerró sus oídos a las solicitudes exteriores y se creyó exenta de tentaciones, libre de deseos.

No oía los piropos que le lanzaba el sauce poeta ni los mensajes escuetos del tala guerrero; reducía sus galas a la abullonada falda de sus hojas verdes y para llamar menos la atención, volvía liliputienses, casi invisibles, sus florecillas.

Y vinieron las lluvias de Setiembre; la pujanza de la savia multiplicó los vástagos de las plantas; de tibio y dulce volvióse ardiente el beso del sol; se afinó el canto de los pájaros; se quejaron con más ternura las femeninas torcacas y

mientras los toros de las praderas mugían con sus voces de bajos profundos, las luciérnagas comenzaron a andar, enamoradas, entre los húmedos y perfumados bajíos.

Cantos, reclamos, estallar de retoños, reventar de botones.

Cielos más altos y más lípidos.

Ríos más pujantes.

El rodar de los vientos calientes, sensuales y excitantes.

Y un hálito almizclado de las alimañas del bosque y un olor denso de los viejos troncos y las hojas del pasado invierno, que fermentaban enriqueciendo más la tierra ubérrima.

*
* *

La Santa Rita pasábase las noches de rodillas, mortificando su carne despierta, ahogando sus impulsos, palpitantes a influjo de la savia nueva, queriendo estrangular sus ansias.

Pero la vida pudo más.

Se rompieron los diques de su voluntad.

Quién sabe qué promesas dulces y gratas le hizo una noche el céfiro cálido que, al día siguiente, al igual de los indígenas que encendían fogataś

para darse los anuncios de guerra, la Santa Rita rompió el nudo de su vocación negativa y, como una llamarada que reclama el amor, estalló, apasionada, en el rojo incendio de sus flores!

EL BAÑO DE DIOS

Con una solemnidad casi religiosa, el gaucho moreno Enrique Portugal me cuenta que en la soledad de las campiñas, al filo de las doce de la noche, las aguas bulliciosas de los ríos, las aguas cantoras de los arroyos, las aguas tembladoras de las lagunas, sin dejar de correr, — nerviosas y plateadas, — asordinan hasta enmudecer de pronto la voz, continuando su curso, suaves y silenciosas.

.....

¡Todo ha callado!

No se percibe el mínimo susurro en las conversadoras hojas de los follajes del monte; a ningún pájaro se le ocurre lanzar su silbido de miedo; se detienen los zorros ladradores; no se zambulle un dorado; ninguna alimaña rampante quiebra una ramita seca; no suena el élitro del grillo músico

ni se lamentan entre los pastos húmedos los baladores "carneritos".

La naturaleza íntegra se recoge.

Las misteriosas estrellas quizá se puedan oír — hay que hacer un silencio en el alma — como en el verso del poeta.

Delcalza y cauta, la noche se desliza sin rumor sobre su alfombra negra.

.....

El gaucho fantasioso me informa:

—Es que Dios se baña!... El mundo se detiene respetuoso, cual si oyera un llamado de atención, un toque de silencio!

.....

Es un cuarto de hora.

Luego, en la quietud de la noche, continúa el palpitar de la vida:

Huyen cantando las aguas; modulan sus melodías los sarandíes músicos; cuchichea la brisa; sonrío el hojerío femenino; rascan su violín mono-corde los grillos y cual si las estrellas, aprovechando la pausa, hubieran descendido a la tierra, encendidos insectos y bichitos de luz guiñan sus parpadeos amorosos entre la sombra densa y misteriosa.

LA DILIGENCIA

En recuerdo de mi padre, Antolín Montiel, gaucho dicharachero y alegre, derecho y laborioso, que consumió su existencia como cuarteador y como mayoral de diligencias, curtido por los soles y las lluvias del terruño, cumpliendo su misión proletaria y, sin saberlo, — él, que era analfabeto!, — civilizadora.

Amarilla, verde, roja y azul, — insecto polícromo en la alfombra esmeraldina de trebolares y gramillas, nota decorativa de los callejones violeta, — la diligencia pasaba jubilosa, señora de los campos, entre restallar de látigos, silbidos, cencerros tintineantes y dianas de clarín.

Un poco ingenua, un tanto primitiva, se alza pintoresca en el dinámico escenario de las carreras criollas, entre las infladas carpas de las

quitanderas, junto a ranchos, a corrales y a enramadas.

Saludada por los teruteros, seguida por el ojo hipnótico de las lechuzas, cantada por el coro de la trahilla perruna de las estancias, sonreía al film fugaz de la escuelita perdida, de la pulpería enciclopédica, de la campiña inmensa, del monte que apretaba la arteria de plata del arroyo, de las cuchillas que se azulaban a lo lejos...

Llegaba a comadrear en las postas, donde una tropilla de pingos cimarrones le daban sucesivos empujoncitos de seis leguas.

El mayoral debía ser gaucho de mucha labia y hombre de aguante, el cuarteador traer del pueblo el rojo clavel compadrón tras de la oreja y había de trenzarse ante el pescante del carromato el hervor vivo y gráfico del prosear campero rioplatense, mechado de los *ansina*, de los *mesmo*, de los *traje castizos*.

Viejos Vizcachas barbudos, guayaquies descalzos, mocetones con botas de potro y chiripá de apala, habían de salirle al cruce "pa un encargo":

—Linimento estoque... El oráculo 'e los sueño... Esencia maravillosa, La piedra infernal...

Alguna chinita enamorada, viéndola pasar desde la ventanita de su rancho, suspiraría por una carta que no llegaba nunca!...

.....

Arrepolladas polleras, nietas de miriñaques y polizones, bombachas amplias, culeros flecados — firuleteados con ojettillos relumbrosos, — ponchos, golillas, tiradores, fraternizaban con el vehículo familiar...

*
* *

Después...

*
* *

En el arroyo asombrado, en la noche negra, el gauchito Chingolo encuentra la diligencia y le sirve de baquiano.

Ella ha despreciado el bonito puente de juguete — fabricado para los automóviles, que se acalambran cuando el agua les moja los corvejones — y en el paso "fiero", peludea.

Como en los supersticiosos cuentos paisanos de aparecidos y brujerías, se la siente, pero no se la ve...

¿Habrá conseguido atravesar el vado?

¿La habrá arrastrado aguas abajo la corriente?

O al igual que Chingolo, que se ha vuelto pájaro, ella será uno de esos insectos polícromos que galopan incansables, entre el pasto, con su pesada carga?...

EL JUAN CHIVIRO

El Juan Chiviro es un criollito ladino y un tanto cachafaz.

Mozo enamorado y presumido, se gastó su hacienda en lujos, en trajes, en agua florida, en pañuelos de seda, en regalitos para las muchachas, hasta el punto que llegó un día en el cual debía a cada santo una vela.

Vivía a salto de mata, perseguido por los acreedores, demandado ante la justicia, hasta que un día, ansioso de verse libre de semejante pesadilla, ensilló su matunguito, decidido a irse a ver a Tata Dios para pedirle una merced.

Llegó a la estancia del cielo y formuló su petición.

El viejito empezó por reprenderlo:

— Tú eres muy mentiroso.

— ¡Yo, señor!, se hizo de nuevas él.

— Sí, porque cada vez que un cobrador golpea en la puerta de tu rancho y pregunta por ti, tú te quedas callado.

— Eso se va a corregir, pronunciando tu nombre continuamente.

— Muy bien, Tata Dios, le obedeceré, pero le pido primero que me conceda una gracia.

— ¿En qué consiste?

— Mi mancarrón está cansado y quisiera dejarlo invernar aquí...

— Concedido.

— Gracias, pero como yo no puedo volverme a pie, quisiera regresar volando, por lo que le voy a pedir que me vuelva pájaro...

— No hay inconveniente, le respondió Dios y agarró un vestidito de plumas y un pico y se les puso por arriba y lo volvió un ave.

Y como no se olvida de la recomendación del Viejito, ahí anda en el monte, dale a gritar su nombre:

— Juan Chiviro... Juan Chiviro... Chiviro... chiviro... chiviro...

...Riéndose de sus antiguos amigos los cobra-

dores, que no se pueden quejar que él no les anuncie su presencia...

Aunque todavía no ha empezado a pagar las cuentas.

EL ARERUNGUA

Magnífico, formidable, seguro de su marcha y su destino, el Arerunguá corre entre un doble festón de verde y mórbido bosque, entre barrancas erizadas de raíces, sobre las cuales trepan los crespos culantrillos decorativos.

Cuando niños nos bañábamos o zambullíamos en su linfa oscura, rezumante de un tónico perfume vegetal, de tierra sana y virgen, siendo nuestro placer, salvaje e ingenuo, su mejor canto.

Para acunar los cuerpos leves de los nadadores, se volvía manso y plácido en su valla de sarandíes, bajo los frescos sauces que mojaban sus cabelleras lánguidas en su lomo líquido.

Su vado difícil, el Paso del Potrero, se mezclaba como se encogen los redomones cosquillosos. A veces corría roncando amenazas; trastocaba el orden de sus hoyos y sus remolinos, mien-

tras los dos brazos del callejón que, — en secreta alianza, — se daban la mano por abajo del agua, componían riendo un barro pegajoso, que se empujaba hasta la maza de los vehículos y, cuando pasaba una tropa, chupaba como ventosas las panzas de las bestias, intentando cobrarse el peaje.

Allí se preparaban los “peludos” más famosos, pero cuando el Arerunguá crecía, maneaba en realidad a los viajeros y los animales, trababa las ruedas de las carretas y embaraba las ágiles y coloridas diligencias.

Se hacía respetar.

A la misma balsa, atada por una argolla deslizante a un acerado cable, la sacudía como a un pedazo de ceibo reseco.

Así que cuando vinieron los extranjeros con sus teodolitos y sus cintas de mensura, sus jalones y sus perforadoras, él hinchó el lomo, ansioso de espantarlos.

Se corrió hasta las carpas, asustándolos; echó de menos sus jagualetés y sus pumas bravos para que se hiciesen un festín de carne blanca y no hubo cal, piedra, o cemento que le colocaran que no lo devorase, licuándolos cual si su cuerpo se transformara en un ácido terrible.

Prevenidos, los forasteros empezaron a construir a distancia sus terraplenes y sus taludes y

el Arerunguá aprovechando la oscuridad y las tormentas del invierno, lanzaba sus zarpazos y sus tarascones que limpiaban neto sus orillas.

Los hombres insistían.

Rectificaban los proyectos. Se prevenían. Hasta que, alzando a veinte metros sobre el nivel de la tierra el elegante arco del puente de cemento armado, dejaron allá abajo a la corriente, revolviéndose en sus protestas.

Entonces, seguros, despreocupados, se deslizaron los gringos.

Se habían anquilosado las gemidoras carretas, las diligencias, jubilosas de gritos, de musicales tintineos de cencerros y de marciales toques de clarín.

Sobre el salvoconducto de la gran cuerpeada del puente, huían veloces los monstruosos camiones bufadores, los automóviles fantásticos.

*

* *

Por suerte, el monte recobró su vida.

Como un himno, se levantaba de su veloso y verde pecho el diáfano canto de los pájaros.

No se asustaban ya las vocingleras cotorras ni los gritones "pirús do matto".

Sabiás, charrúas y zorzales, discurrían en sus reconquistados dominios, con la música de sus idiomas cristalinos.

Corrían bajo sus frondas las gallinetas de finas patas rojas.

Y en el seno del arroyo nadaban desaprensivos pacúes y dorados, bagres y mandubíes, bogas y tarariras.

El progreso vencía sin sojuzgar, sin avasallar.

El puente, como un gigante que da un desmesurado paso elástico, cruzaba fuera de su jurisdicción.

La estratagema lo eludía.

Con su independencia se consideró más fuerte.

¡Era más libre!

Era indomeñable.

No maculaban sus aguas las máquinas hediondas ni los hombres descastados.

Por su paso viejo, casi sin uso, sólo pasaban las tropas, la correa multicolor y astada de los toros, el nervioso temblor de las tropillas clinudas y resopladoras.

Y los anacrónicos gauchos de voladoras gollas que, arrollados sobre los pingos criollos, alzaban en el aire, como un emblema, la romántica guitarra del tiempo que pasó!

LOS CARAGUATAES

Según los caraguataes, a los cerros no les es suficiente con ser tan altos de llegar — en ocasiones— a ponerse el gorro de una blanca nube de algodón o, en las mañanas de invierno, de arroparse con el edredón de la niebla.

No les es suficiente recibir el último tibio adiós de la tarde y dorarse al alba con el primer beso del sol.

Insisten los caraguataes que los altos cerros se ríen de ellos y que les arrojan pedrezuelas aprovechando todas las veces que sopla un viento favorable.

Los atacan:

— Es poco serio ese envanecerse y darse importancia porque pueden saludar de cerca a las estrellas y cobijan el nido de las águilas.

Los cerros, por su parte, afirman que no son

orgullosos ni vanos; que las piedrecillas ruedan solas, en inocentes juegos y que si son altos y parecen soberbios, sólo lo deben a la casualidad o a una condescendencia de la naturaleza.

Saben que están compuestos con los mismos elementos que algunos bajíos y muchos valles.

Los caraguataes replican, se quedan amarillos de rabia y se complotan para asaltar a los cerros impasibles.

Tratan de hincharse para hacerse imponentes y sólo consiguen volverse endebles e inconsistentes.

En batallones cerrados, escalando las faldas de las eminencias, avanzan temerarios, esgrimiendo sus sables agresivos, intentando sus terribles asaltos y... a los pocos metros se detienen indecisos, inseguros de su éxito, con los brazos en alto...

No dan un paso más ni tampoco se resuelven a abandonar la inútil tentativa, pensando, rencorosos, que los cerros son sus enemigos y que los desprecian y se ríen de ellos, porque no son fuertes y altos y están en el llano.

*

* *

Harían mucho mejor los caraguataes en ocuparse de sus cosas, en fortificarse, en ser fecundos y útiles, sin pensar en las cualidades o acciones del vecino.

LA PITA

La pita abre su manojó de anchas y largas hojas de un gris lechoso, listado con dos líneas amarillas y contempla ansiosa la fecunda vida que a su lado palpita y triunfa.

Los árboles esponjan su cuerpo, las cañas levantan sus penachos de pana, los aromos abren su pompa dorada, los pájaros lanzan al cielo sus cantos frenéticos y luego los persiguen en un vuelo, que amenaza horadar las nubes de espuma.

Con la sombra, cuando los pajarillos esconden la cabeza bajo el ala para dormir, los árboles continúan velando, pues son los jueces del concurso de las ranitas verdes, que chasquean sus lenguas de cristal y de los grillos que rascan sus marimbas de plata.

La pita vigila, ansiosa de igualar, de superar a los otros seres.

Ha intentado hacerse valer, pero alzándose tan poco de la tierra y sin ningún mérito especial, ha movido a compasión.

Por eso ha comenzado a laborar, extrayendo con las lenguas de sus hojas la humedad del aire, enanchándose para absorber mucho rocío, ahincando sus raíces para beber sin tasa el agua de la tierra, y así disciplina toda su energía, toda su voluntad y toda su potencia, hasta que un día, entre el corazón de sus hojas, consigue hacer brotar un débil tirso imantado de altura!

A prisa el tallo supera su niñez fresca, se empina, se vuelve un mástil enhiesto y desafiante.

Sus vecinos aplauden su triunfo.

Pero la pita no alcanza a gozar su victoria.

Su esfuerzo sobrehumano la ha agotado.

Como un artista con un enorme sueño de belleza, se ha dado toda en la consecución de su ideal; olvidándose hasta de la vida.

*
* *

O acaso sabía que iba a morir y en su primer impulso de protesta quiso forjar una rebelde pica para lancear al cielo?

No; su gesto es amoroso, es una exaltación a la naturaleza.

Se alza, se alza!, el poema heroico del magnífico tallo, y cuando comprende que no puede ir más allá, se abre en un maravilloso candelabro que enciende las múltiples llamas de oro pálido de sus flores!

LA CANOA

La canoa nació de un accidente que, sin dejar de ser una tragedia, posee la apariencia de un juego.

Los indios pescadores tenían su choza en una península unida a tierra por un istmo estrecho y extenso.

Por allí se iba el hombre a sus correrías, mientras la mujer cuidaba de las rudimentarias tareas del hogar primitivo.

Una noche la india se quedó sola con su hijo y, luego de su pesado sueño, constató que una imprevista e inmensa creciente del río cercano la había aislado peligrosamente.

Se desesperó, temiendo por la existencia de su pequeño, pero de pronto el apelmazamiento de una balsa de camalotes, sobre el cual, en difíciles equilibrios, pasó bogando un jaguareté, le dió un ejemplo, que ella imitó, llena de coraje.

Se echó de espaldas en el agua con su hijo sobre el pecho y nadó esforzada hacia la orilla.

Las aguas corrían impetuosas y arrolladoras.

La india temió no salvar a su retoño y para volverse una cuna entre el vaivén de las olas — milagroso juguete de su niño — y para ser más ligera, no titubeó en vaciarse las entrañas, y temiendo que su corazón pesase mucho por su mucho amor, no vaciló en arrancarse la tierna víscera maternal, tan dispuesta al sacrificio cuando de salvar a un hijo se trata.

*

* *

Con su vida pagó la madre su heroísmo, pero murió contenta, pues su hazaña amorosa enseñó a los otros indios un medio para atravesar las corrientes, para lo cual se sirvieron de los troncos de los árboles, a los que extrajeron el corazón de su médula y ahuecaron pacientemente, a la manera de combas cunas, para jugar sobre las aguas.

EL GUARIBAY BRAVO

(*La aruera*)

La noticia del arribo de los hombres blancos se propagó por toda América, porque los pájaros, los insectos, el viento, las nubes, lo fueron contando a través del espacio.

El indio se disponía a oponer su denodada resistencia, pero el escudo de bronce de su pecho resultaba tan ineficaz como sus armas, — la lanza, las flechas o las bolas arrojadas, — frente a los arcabuces de los invasores.

Entonces se dieron la mano en resistente muralla viva la espina de la cruz, el espinillo, el ñapindá, el molle, el cina-cina, el tala, y más adelante, en vanguardia heroica, el guaribay bravo se aprestó, con su mágico poder, a combatir al enemigo.

El le iba a infundir un pánico terror con el

efecto letal de su sombra, y con el fin de atraerlo. la volvió acogedora, fresca y perfumada.

Así lo invitaría a dormir en su regazo, mientras le destilaría su misterioso veneno, que hincha, y con la fiebre, produce el dolor de cabeza y el malestar angustioso del mareo.

Quizá entonces el extranjero, temeroso de la guerra que le movía hasta la naturaleza hostil, abandonara su empresa.

Y como, en tanto que usara su fatídico poder, podía hacer daño a sus propios hermanos los Indios, les dió el santo y seña del saludo cambiado invirtiendo el tiempo.

*

* *

Pasaron aquellas épocas remotas, pero el paisano, que continúa creyendo en el extraño y sobrenatural poder del árbol indígena, no deja de saludarlo de acuerdo con la tradicional leyenda:

Quando el Sol recién ha salido:

—Buenas noches, señora aruera.

Si es de tarde o si las sombras han arropado al mundo:

—Buenos días, señora aruera.

LA GALLINETA DE AGUA

Es de lo más distinguido de nuestra fauna autóctona.

Se viste con una pulcritud y una elegancia que llaman la atención.

La misma partícula que precede su apelativo delata su noble linaje...

Su traje canela reluce de fino y es de un buen gusto y un corte tan preciso que hace resaltar las líneas graciosas de su cuerpo y su cuello.

Calza sus piernas con largas medias rojas, ajustaditas y siempre flamantes.

Es joven, ilusa y soñadora.

Anda en el monte con la nerviosidad de una damisela que asiste a una cita de amor.

No ves como mueve de uno a otro lado la cabeza, con la inquietud de quien algo muy importante aguarda y cómo le relucen sus negros y vivos ojitos de cuentas?

Corre impaciente, vivacísima, buscando a alguien...

La espían el carpincho horrible, las "viejas del agua" chismosas, el benteveo entrometido, que no se puede contener y le chista para ahogarle la fiesta:

—Juichch... Bien te veo!...

*
* * *

La aludida huye.

Tiene miedo.

Es tan distinguida y tan conocida, que teme que la Cotorra, cronista social de la "Gaceta del monte, el arroyo y el bañado", la vea e informe en la sección: "De nuestro gran mundo":

"Paseando por el Bosque vimos ayer a la aristocrática niña Gallineta de Agua", etc....

¡Sola!

Imagínense lo que hablarían las Lechuzas y sus demás amigas...

LA NUTRIA

Es indudable que la nutria es una niña modesta, de excelente familia.

No pretende alternar en la "buena sociedad" y vive muy discretamente en las lagunitas y los arroyos humildes, sin asistir a las reuniones de los pájaros, sin armar bulla como las ranas y sin ponerse a llorar a gritos, como su vecino el carao.

Hay quien atribuye su vida retirada a su falta de atractivos físicos, sin perjuicio que a feos le ganan el carpincho, el lobo, el manguruyú y quizá la tortuga.

En realidad, — con su cara chata y sus colmillos amarillentos, que avanzan bajo sus labios adornados de bigotes hirsutos, — no es nada bonita.

Sin embargo es pulcra, limpiísima, amiga del agua, pero tímida y delicada en exceso.

Ella recibe invitaciones para los bailes y té

danzantes y se pone su riquísimo tapado de piel y hasta sale de su casa para asistir a ellos, pero teme parecer demasiado elegante y como no pretende deslumbrar a sus relaciones, se vuelve a su cueva silenciosamente.

El hombre, — ¡tan testarudo!, — insiste en que ella vaya a las fiestas y la asedia, le pone trampas, la caza, y sobre los hombros de sus bellas, en los suntuosos tapados de pieles sedosas, la nutria, — ¡vaya si contra su voluntad!, — tiene que asistir a las ceremonias donde los humanos expanden sus ansias de jolgorio.

EL ÁLAMO

Tan alegre, tan ágil, tan optimista, el álamo parece que todas las primaveras pegase un salto hacia el cielo o que se levantara como un surtidor de hojas murmuradoras que intenta entonar su poema vital.

Las chilcas, las espinosas cina-cinas, los cactus de los cercos, sonrían un poco de la ingenuidad de ese gandul del álamo, semejante a uno de esos muchachos pobres que crecen de improviso y se quedan con los pantalones a media pierna.

Sonríen de la confiada alegría del árbol esbelto, que no ha de pasar muchos años — como de costumbre — sin que sea víctima de la destructora fobia del hombre.

El ha visto como han venido los leñadores y han derribado a sus hermanos y se los han llevado a prisa, en los camiones veloces, temerosos de que les descubrieran su crimen.

danzantes y se pone su riquísimo tapado de piel y hasta sale de su casa para asistir a ellos, pero teme parecer demasiado elegante y como no pretende deslumbrar a sus relaciones, se vuelve a su cueva silenciosamente.

El hombre, — ¡tan testarudo!, — insiste en que ella vaya a las fiestas y la asedia, le pone trampas, la caza, y sobre los hombros de sus bellas, en los suntuosos tapados de pieles sedosas, la nutria, — ¡vaya si contra su voluntad!, — tiene que asistir a las ceremonias donde los humanos expanden sus ansias de jolgorio.

EL ÁLAMO

Tan alegre, tan ágil, tan optimista, el álamo parece que todas las primaveras pegase un salto hacia el cielo o que se levantara como un surtidor de hojas murmuradoras que intenta entonar su poema vital.

Las chilcas, las espinosas cina-cinas, los cactus de los cercos, sonrían un poco de la ingenuidad de ese gandul del álamo, semejante a uno de esos muchachos pobres que crecen de improviso y se quedan con los pantalones a media pierna.

Sonríen de la confiada alegría del árbol esbelto, que no ha de pasar muchos años — como de costumbre — sin que sea víctima de la destructora fobia del hombre.

El ha visto como han venido los leñadores y han derribado a sus hermanos y se los han llevado a prisa, en los camiones veloces, temerosos de que les descubrieran su crimen.

A él, eso no lo preocupa...

El viento lo ha informado a donde los conducen.

Es una historia trágica: Existe un enorme edificio lleno de máquinas, con grandes chimeneas, donde mueren los álamos y sus compañeros los sauces.

El viento creía que el álamo iba a temblar de miedo y de horror, pero le ha visto sonreír...

Ha continuado alegre, sabiendo que de su carne y su médula iba a nacer el papel; que en su honor iban a cantar las linotipos y que las diminutas letras negras, al conjuro del pensamiento y de la inspiración, iban quizá, a perpetuar una idea, un sueño, una esperanza!

EL LAGARTO

El lagarto es un ciudadano tan laborioso... en sus programas y proyectos, que se le creería un diputado o un senador en ejercicio.

Si fuera un tipo vulgar, un sujeto cualquiera, se quedaría durmiendo tranquilamente en su cueva y nadie se ocuparía de su vida.

Pero él, diletante del trabajo, posee la iniciativa, el impulso, el arranque.

Madrugando a eso de las once de la mañana, se pone su vestido de cola, su bonito jacquet verde y siena, con vivos amarillos, y sale al galopito para el callejón.

Si en esa andanza encuentra algún colega, de inmediato se ponen a hablar de sus tareas, pero a poco andar se detienen y, desbordantes de salud y confianza, encuentran magnífico el día.

Como otros buscan la protección de la sombra, ellos se regodean en la solana y resuelven que sería

ofender al Astro Rey no gozar sus rayos vivificantes

Confían entonces a las lagartijas, — rápidas mensajeras, — un recado postergando para mañana sus actividades.

Las comisionadas se alargan, elásticas, en veloces carreras y, por cuenta de los señores saurios, van, vienen, vuelan, repitiendo promesas y seguridades.

*
* *

Al otro día aparece de nuevo el Sol...

En caso de lluvia el lagarto no sale por temor de mojarse su elegante vestido pintoresco.

De manera que el mañana laborioso no llega nunca.

*
* *

Por eso el lagarto es una víctima de la indecisión, sufre de proyectomanía, no produciendo concretamente, hasta verse en la condenable necesidad de hurtar los huevos de los pájaros y saquear las lechiguanas de dorada miel.

EL FEDERAL

El federal es arisco y matrero.

Porteño de la mazorca de Rozas, emigró de la Argentina cuando cayó el tirano.

No sabe que el tiempo consagró la amnistía, y no quiere salir de las islas.

Cuentan que lo ha intentado unas cuantas veces, pero cuando se ve reflejado en las aguas del Río Uruguay y descubre la pechera de su camisa, teñida de sangre, tiene temor de que le vayan a descubrir sus fechorías y vuelve otra vez a perderse entre la cómplice sombra de los follajes.

LOS JUNCOS

Se afirma de los juncos que nacen junto a aguas estancadas y por consiguiente no potables, mencionándoseles como índice de zonas insalubres.

Los juncos flexibles han querido rehabilitarse surgiendo en los bancos de arena, en el comienzo de los deltas de los ríos y arroyos, trenzando en ellos sus raíces y aprisionando tierra, detritus, hojas y troncos para regalarle al hombre el verde presente de las islas fecundas.

El sarandí le alarga una mano a los juncos laboriosos.

El tierno camalote multiplica sus raicillas para ayudarlos.

El ceibo se solidariza con los trabajadores y les presta la decoración de sus racimos floridos, que han de atraer a los pájaros que agregan al hechizo fluvial la poesía de su música.

EL CARPINTERO

—¿Sientes?

—Tac-tac, tactac, tac-tac...

Es el carpintero que, mirando bruscamente hacia una y otra parte, martilla, martilla su trabajo inconcluído.

Su grito es una risa triste, que resuena macabra en la gloria solar de la tarde estival. Es que tiene miedo y, suspendido de un viejo tronco de árbol, no se atreve a abandonar su tarea.

*
* *

El carpintero vivía en familia, con su padre y sus hermanos. Como era holgazán y mala cabeza, no veía la hora de abandonar el trabajo e irse a vagabundear.

Su genitor, severo y recto, no le disculpaba descuidos o haraganerías.

Cierta vez les dijo:

—Sean diligentes, que un día, sin abandonar el oficio, podrán vivir con más facilidad y holgura.

Ellos empezaron a pensar que en esas palabras estaba implícita la declaración de una buena herencia, y apurados por gozarla, al volver una noche de una obra en un pueblo lejano, asesinaron a su padre, abandonándolo en el campo.

No pudieron llegar a su casa a gozar de los privilegios que creyeron conseguir al cometer el crimen nefando.

En el camino se les apareció el diablo, ordenándoles:

—Inmediatamente construyan un ataúd para el buen viejo sacrificado.

Cuando yo vuelva debe estar concluído...

Y cuentan que, previamente, les cortó la punta del pico, que es la única herramienta que poseen, por lo cual ellos nunca terminan el cajón.

Ahí están, dale y dale, martillando, sin avanzar un punto en su labor y sin abandonarla, porque temen que, a momentos, se les presente el demonio a pedirles cuenta del encargo.

EL BAILE DE LAS VIZCACHAS

Mi abuelo, don Avelino Montiel, — que me perdona, — era un poquito mentiroso. No en balde el nieto, que erró la vocación de payador, ha salido cronista de sucesos no vistos, — aficionado a urdimbres de historias “sacadas de su cabeza”, imaginador de fantasías y patrañas...

Mi abuelo, que conoció a don Frutos y a Goyo Jeta, que creía en brujerías y encantamientos y sabía lindas oraciones en verso para salvarse de cualquier peligro, peregrinó en largo y en ancho por el Brasil y las repúblicas del Plata.

Conoció a los “caiporas de talón pa delante”, cuyas huellas están engañando siempre a quien los sigue; a los negritos juguetones que aparecen a medio día en el Salto Grande del Río Uruguay; visitó la misteriosa laguna Iberá y de un viaje a las provincias argentinas de Entre Ríos y Corrien-

tes, donde atravesó bosques de ñandubayes y palmeras, trajo su relato del baile de las vizcachas, que alegró dulces horas de nuestra infancia y que yo reproduzco, — ¡ay de mí! — sin la picardía y el gracejo que el viejito criollo ponía en la frase, en las inflexiones de su voz y en las inquietas luces de sus azules ojos de godo.

*

* *

—Un indio viejo, donde yo paraba, me había preguntau:

—Ha visto bailar las vizcachas?

—Ha de ser cuento, don...

—¡Cuento! Véngase esta noche y lo acredita.

.....
 Después de churrasquiar cáia la noche cuando agarramos pa los palmares. Antes de llegar a éstos nos echamos en unos medanitos y mientras el baquiano me mostraba la sala, aguaitamos.

Salió la luna y se véia un clarón de tierra como apisonada.

Mirábamos pa allí cuando se comenzó a sentir la charla 'e los bichos.

—Güigññ... güigññ... güigññ...

Y jueron llegando.

Prosiaban como haciendosé rendivuses y se sentaron en rueda, en tortas de vaca.

Dispués, todos serios, parecían en velorio, pasaron un rato sin pestañear.

—Rezan la oración, me explicó mi compañero.

Unos minutos y un vizcachón viejo se levantó y recorrió la rueda diciendo secretos.

Ahura se van a poner a jugar al anillo, carculé, pero el bicho terminando la rueda, se paró sobre las patas traseras y comenzó a mover las manos y marcar el compás de la música: pu-pum, pu pum, pu-pum...

Parecía un tambor con el cuero flojo.

La concurrencia atendía y seguía un poco la música con la cabeza.

El, serio, serio, como un bastonero, miraba el vizcacherío, del cual, en un redepente, salió una pareja a bailar.

Era pa cáirse d'espalda de la risa:

Despacito, con miedo de equivocarse, daban vueltas sobre las patas di atrás y movían el cuerpo haciendo saludos.

Así jueron saliendo yuntas y más yuntas, hasta que no quedaron en las sillas sino las chancletas viejas de carretilla dura y el suegrerío de colmillo amarillo.

*

* *

En nuestras imaginaciones se precisaba la apisonada sala de baile y el fondo lineal de las palmeras elegantes con su follaje de curvas decorativas bajo la luna clara.

Veíamos a las señoritas vizcachas muy remilgadas en su danza, la rueda de mamás que aderezarían chismes y el vizcachón músico y bastonero, marcando con el pie el compás, mientras repite el ritmo de tambor:

— Pu-pum, pu-pum, pu-pum...

*

* *

Continuaba el abuelo:

—Viendo la ceremonia, dije almirau: lo mesmito que la gente!

El indio reflexionaba:

— Vai-a sabé si no semo los cristiano que copiamo a los bicho.

Y me invitó:

— Vamu-arrimarno, orientalito, qui ahura dicen las rilacione.

Con mucho cuidau, siguiendo el yeito del guaraní, nos arrastramo panza-abajo.

Vimo los par salir p'al medio, cortarse solitos entre la rueda grande, como en los pericones, y decirse los versos y retrucarse, y hasta había aficionados que sacaban la cara por los maturrango:

— Pido la bolada!

*

Los chiquilines, entusiasmados con la narración, preguntaban al tata viejo:

— Agüelito, usté les sintió las relaciones?

— ¡Y de nó! ¡ Soy sordo por si acaso?

— Digalás! Digalás!

El compone el pecho, seguro tomándose tiempo para inventarlas...

Y recita:

“Vizcachita 'e l'alma mía,
te ví y te amé derrepente
Dejame abierta tu cueva
pa no pelarme la frente”.

— Y qué le contestó, agüelito?

— La moza tomaba la palabra, respondiendolé, muy fruncida:

“¿Te vas a pelar la frente?
Mire qué barbaridá!
Pa encontrar la cueva - abierta
dirigite a mi mamá”.

— Ya ven que la vizcachita era de los más decente...

— Otra, agüelito, otra, insisten los chiquilines.

Y don Avelino Montiel se defiende, guiñando un ojo:

— Esa son las única que dijeron en cristiano... Ustedes no van a comprender las otras, porque pa entender el “vizcacho” se necesitaría un lengua-raz...

LOS MISTOS, LOS JILGUEROS, LOS DORADOS...

Los mistos, los jilgueros, los dorados, eran pardos, negros y cenicientos, antes que el sol les hiciera el presente de su bonito plumaje amarillo y oro.

*
* *

Había sucedido que en el reino del aire se relajaron las costumbres y cuando la aurora, celeste y rosa, llegaba en las aterciopeladas alas de las aves nocturnas, — que con aquella cumplían su última misión, — y el sol se abría como una gran flor de luz, no surgía un himno, un canto o un trino, que festejase la gracia inédita del día nuevo.

Los pájaros se habían vuelto dormilones y perezosos.

Y unos pretextando ocupaciones y dando par-

te de enfermos los demás, los seres alados dejaban que la mañana los sorprendiera en el lecho de sus nidos.

Se quejó el padre sol en el lírico punzar de la chicharra y prolongó su lamento el grillo poeta, su hermanito nocturno.

Enterados los pájaros, arrepentidos muchos, de ellos, se propusieron pasar la noche en vela para cumplir sus obligaciones con la próxima aurora.

Los que se durmieron en sus casas o entre los follajes no fueron vistos por el sol.

Los que superaron el cansancio del sueño, fueron los mistos, los dorados, algunos cardenales... A ellos el sol, agradecido, les doró su celoso plumaje.

El jilguero, el del armonioso y sostenido canto, a último momento o quizá deslumbrado por el resplandor del astro, protegió la testa bajo un ala, por lo cual tiene solamente el cuerpo de oro y la pequeña cabecita negra.

La calandria, que bien se merece un premio porque es tan alegre y madrugadora, llegó con un segundo de tardanza y por eso, no bien se entera del acontecimiento, — por los trinos de sus colegas, — toma altura, como un cohete de plumas y de música, hacia el reino del sol.

LAS LAGARTIJAS

En el claro termómetro de los callejones, el azogue verde de la lagartija sube velozmente cuando calienta el sol de Enero.

Cuando se las ve atravesar fugaces el camino, se las cree portadoras de alguna esquila urgentísima.

Una va, otra viene, otra reinicia el viaje, otra retorna, y continúan como relampagueantes luces de bengala, desprendidas de la esmeralda de los campos.

Es que están jugando a las esquinitas.

—¿Hay pan? ¿Hay pan?

*
* *

La lechuza, que curioseosa desde un poste del alambrado, no puede menos que interesarse en el

juego y, como las quiere bien, cuando desde su atalaya descubre un auto que las puede pisar, les avisa:

—Chiiii... chiiii

*

* *

Como niñas despreocupadas, las lagartijas continúan jugando mientras se regodean bajo los rayos del sol canicular.

Cuando llegue a sus pagos el hormigón civilizador habrá que avisarles que tomen precauciones, porque van a patinar no frenando a tiempo frente a sus puestos de juego... pues les van a hacer desaparecer sus cuevitas familiares, impidiéndoles escabullirse a tiempo de los automóviles que cruzan como un torbellino.

LOS MURCIELAGOS

De la primera nube negra que va a formar la noche, se desprenden cual de una oscura rama de crespón, las hojas de vuelo torpe e incierto de los murciélagos.

Son innúmeros y como sus colegas tropicales, los vampiros, chupan — según la leyenda --- la sangre de los humanos, los murciélagos salen con la precisa misión de beberse la luz de las recién nacidas estrellas, para impedir que su resplandor haga soñar a los poetas de la Tierra.

Víctimas de erróneos informes, rectifican continuamente su camino arduo, sin hallar su norte y a momentos se teme puedan chocar contra una cornisa, un árbol o una chimenea.

De paso — y esto en generoso servicio del hombre — han ido devorando millares de insectos no-

civos — para nosotros invisibles — que pueblan el aire.

Se distraen en tal tarea mientras irrumpe en claridad celeste la adolescencia de las estrellas, por lo cual los murciélagos, frustrada su empresa, imantados por la oscura rama de crespón de la noche, se reintegran a ella con el misterioso sigilo de su sesgado vuelo de terciopelo.

EL MAMBORETA

Flaco, feo, chupado, miedoso.

La superstición lo considera sagrado y lo cree emisario de las alturas.

¡Recuerdo que nuestra buena madre nos decía cuando éramos niños:

— Pregúntenle: ¿Dónde está Tata Dios?

Y el interrogado, levantando una patita frágil y angulosa, señalaba el cielo.

Dulce y bella leyenda la del ínfimo animalito, reconecedor, propagador de la existencia divina.

*
* *

Yo te narraré la historia verdadera.

Hace años cuando nuestra América aun era desconocida y vivían en ella, en paz y armonía, todos los seres, los señores mamboretás, validos de

las armas con que los muniera la naturaleza y olvidando nuestra fraternidad sagrada, pensaron tiranizar el mundo.

Juntaron víveres, planearon sus ataques en secreto, se pertrecharon convenientemente y movieron guerra a los guitarreros, a las hormigas, a los grillos, a los toritos, a las mariposas.

Los imperialistas, los partidarios de la dictadura y de la fuerza bruta, tuvieron el castigo merecido.

Fueron derrotados y fueron desarmados.

Del julepe, llegaron a cambiarse de trajes para disimularse — inventando, sin querer, el mimetismo — y ya los ves: amarillos, grises, verdes, color tierra, blancuzcos.

*
* *

En cuanto a la alzada de su mano es simplemente que ejecutan su ridícula venia militar y, de camino, escamados de los golpes recibidos, protegen la cabeza de algún palo...

LAS TARARIRAS

Las tarariras aman la luz y el ruido.

Son las señoritas hijas de rico, a las cuales se les pegan las sábanas y no se levantan del lecho hasta las diez de la mañana.

Indolentes, haraganas, voluptuosas, duermen largas siestas, tiradas al sol, en el agua tibia, en los pasos tardos de los arroyos.

Sin trabajo, sin preocupaciones, confiadas y felices, con el bobalicón optimismo de “qué linda es la vida”, esperan que algún bagre se enamore de su palmito... o de su dote.

EL CAMOATI Y EL PAVO REAL

Se contoneaba el pavo, movía la cabeza llena de "aigrettes", se lustraba el plumaje multicolor y ampliaba el abanico de pedrería de su cola.

Mirábase en el estanque y se envanecía:

— ¡Cuán bello soy! No existe en la naturaleza quien conmigo se compare. La poesía del color, el ritmo de la forma, la gracia del equilibrio triunfan en mí.

Y soy bello siempre.

En esas andanzas descubrió en un árbol un voluminoso camoatí, y como era fatuo e ignorante, rió:

— ¡Qué árbol desgraciado con semejante verruga! ¡Qué horrible le sienta!

El criticado respondió, irónico:

— Pavo amigo, no te fíes de las apariencias... Y si te afirmara que la verruga es un vaso de exquisita miel?

— Imposible envolver nada bueno en tan grosera envoltura.

— Es mi blusa de obrero, mi vestido de trabajo.

— ¿No posees uno mejor, más bonito y elegante, como el mío?

— No; porque éste es obra mía... Reconozco que el tuyo es magnífico, pero tú, como los hijos de los ricos, lo has heredado...

— Por lo menos lo hubieras fabricado más bello.

— Hubiera perdido el tiempo en exterioridades y quizá mi miel no fuera tan sabrosa... He querido que mi apariencia modesta no llamara tanto la atención, para, en lo posible, evitar envidias, ambiciones...

— Cosa extraña! Jamás me había pasado eso por la mente! Tienes una apariencia de razón. Yo también voy a ocultar mis riquezas.

— Tus esfuerzos serán inútiles, pavo. Esa pompa vana de tus plumas no es riqueza.

Continúa vistiéndote de oro y de seda. Si no posees tesoros interiores, no te los dará ni siquiera la fingida modestia.

Goza tu herencia.

Diviértete, pavo.

I N D I C E

El gaucho y el pingo	Pág.	7
El zorzal	"	9
Las flores del ceibo	"	11
El ñangapiré	"	13
Las espuelas	"	15
Los bichitos de luz	"	17
La bota de potro	"	19
El boyero	"	21
El lazo	"	24
El tala	"	27
El abati	"	29
La enramada	"	32
El chajá	"	34
La gramilla	"	36
El jacarandá	"	40
El pericón y el arco iris	"	42
Los médanos	"	46
La calandria	"	50
Los cardos	"	52
La palmera	"	55
El poncho	"	57
La flor del camalote	"	59
El eucalipto	"	61
El martín pescador	"	63
El amor seco	"	65
El estilo y la vidalita	"	67
El sarandí	"	69
Los cardenales	"	71
El jazmín del cielo	"	73
Los palmares de Rocha	"	74

La yerba de la piedra	Pág.	78
Lección del hornero	"	80
Los dormilones y los gallos	"	82
El mate dulce	"	84
Los sábalos	"	87
Las garzas rosadas	"	89
Los guitarreros	"	91
El yesquero	"	93
La marcela	"	95
Los negritos del Uruguay	"	97
El blanquillo	"	100
La mordaza	"	102
El benteveo	"	103
Los biguaes	"	108
El pororó	"	110
Las palomas torcazas y las flores del campo	"	112
La chaira	"	115
Las abejas silvestres	"	116
El higuérón	"	118
La Santa Rita	"	120
El baño de Dios	"	123
La diligencia	"	125
El Juan Chiviro	"	129
El Arerunguá	"	132
Los caraguataes	"	136
La pita	"	138
La canoa	"	141
El guaribay bravo	"	143
La gallineta de agua	"	145
La nutria	"	147
El álamo	"	149
El lagarto	"	151
El federal	"	153
Los juncos	"	154
El carpintero	"	155
El baile de las vizcachas	"	157
Los mistos, los jilgueros, los dorados	"	163
Las lagartijas	"	165
Los murciélagos	"	167
El mamboretá	"	169
Las tarariras	"	171
El camoatí y el pavo real	"	172